

José Gea Escolano



STOP. CRISTO EN TU CAMINO

JOSÉ GEA ESCOLANO

Editorial Letras Digitales
Colección Cruz Verde

Stop. Cristo en tu camino

© José Gea Escolano, 2014

Primera edición: diciembre de 2014

Coordinación editorial: Rafael Manuel Barbudo González

Editorial Letras Digitales

Colección Cruz Verde

Volumen 2

C/Zigia, 12-3ªA. 28027. Madrid

manuel@letrasdigitales.es

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

(6)

PARTE PRIMERA

EL AMOR DE DIOS

(9)

PARTE SEGUNDA

JESÚS AL ENCUENTRO DEL HOMBRE

(52)

PARTE TERCERA

BUSCANDO TU CAMINO

(84)

PARTE CUARTA

INCONDICIONALES PARA EL EVANGELIO

(94)

PARTE QUINTA

LLAMADOS A LA IGLESIA

(118)

PARTE SEXTA

ORACIONES PARA MANTENERSE EN LA FIDELIDAD

(152)

STOP: CRISTO EN TU CAMINO

CUENTA CONMIGO

REFLEXIONES PARA JOVENES QUE BUSCAN

INTRODUCCIÓN

El problema de las vocaciones nos preocupa a todos en la Iglesia; no sólo porque necesitamos sacerdotes y otras personas consagradas para la evangelización del mundo de hoy, sino porque debemos procurar entre todos, que nuestros jóvenes encuentren su puesto en la Iglesia.

Los problemas van siempre juntos. Nuestro mundo necesita de las vocaciones. No hay un ambiente apto para que se desarrollen. Lo fuerte de nuestra sociedad no es precisamente el clima religioso y sobrenatural. A la hora de la respuesta, los jóvenes han de apostar muy fuerte. No sé si estamos preparados para acompañarles

debidamente. Falta un clima de oración para establecer con fruto un diálogo serio con el Señor. La dirección espiritual personalizada cae en desuso.

Son muchos los jóvenes que creen percibir la llamada de Dios. Porque Dios sigue llamando en una sociedad con raíces cristianas que se está paganizando. Y si el Señor busca la oveja perdida, ha de salir en busca de una sociedad que se está apartando de Él. Ha de seguir llamando a trabajar en su viña.

En un libro que escribí hace poco (*En la encrucijada*) intenté clarificar cuestiones vocacionales; estaba destinado a dar a conocer lo que es la vida de consagración en sus distintas facetas, sacerdocio, vida activa, contemplativa e institutos seculares. Se trataba de abrir el abanico de posibilidades para que los jóvenes inquietos por encontrar la vocación que, de alguna manera, están buscando, pudiesen conocer con más precisión, los distintos caminos por los que pudiera llamarles el Señor.

En este librito trato de ayudar a los jóvenes a ponerse en contacto con Cristo y a dialogar con Él, a es-

cucharle y a responderle; a estar atentos a la posible invitación de Cristo a seguirle, si es que esta invitación entra en los planes de Dios. Trato de introducirle en un diálogo cordial con Jesús para que, si percibe la llamada, pueda surgir desde dentro la respuesta positiva, con la naturalidad con que surge entre amigos.

Sencillamente, intento ayudarles a percibir la posible llamada del Señor a una vida de consagración religiosa o sacerdotal, a que tampoco vean en el matrimonio un camino de santidad de segunda clase, y a que descubran cuál es su puesto en la Iglesia. Intento también animarles a no hacerse atrás, por muy difícil que les parezca el camino de su vocación cuando, en diálogo con el Señor, lo descubran.

PARTE PRIMERA: EL AMOR DE DIOS

SENTIDO DE LA VIDA

¿Lo encontrarás al margen de Dios?

Hay maneras muy distintas de concebir la vida; distintas creencias, comportamientos, ideales. Normalmente uno actúa según piensa; pero también sucede que se tienen determinados criterios porque se vive de una manera determinada.

En la actualidad predomina lo que podríamos llamar la sociedad del bienestar. Se busca el placer, el poder, el disfrutar, el triunfar, el consumir, el situarse para asegurar el futuro basado, sobre todo en el éxito económico y social. Y todos nos sentimos influenciados por este ambiente.

Hoy día parece que los valores religiosos van a la baja. A lo más, se tolera el hecho de que alguien sea creyente, pero sin las implicaciones sociales que esto pueda tener. Se pretende relegar la fe y la religión a la esfera de lo meramente privado de manera semejante

a como entra en este campo el hecho de tener los ojos negros o azules.

Es bastante general que la gente y, por tanto también la juventud, pase de todo lo relacionado con la fe y la religión. Y así, valores como la religiosidad, la oración, lo sobrenatural, los sacramentos, la castidad y cualquier otro tipo de virtud cristiana, se ven como algo desfasado en nuestro mundo moderno.

Hay una especie de ateísmo, no sólo práctico sino también, en bastantes ocasiones, teórico, que hace que la vida social y personal discurra por derroteros al margen de la fe.

Incluso en algunos sectores dentro de la Iglesia, se defienden posturas que no son compatibles con la fe en campos como moral matrimonial, divorcio, ingeniería genética; incluso, algunos pretenden justificar, en determinados casos y sin querer apartarse de la fe, el absurdo del aborto y de la eutanasia.

Si no has cuidado tu fe de la infancia, habrás notado las sacudidas producidas por el ambiente que estás viviendo. Y es que en la actualidad, dado que nos rela-

cionamos con gentes de distintas creencias y de distintos niveles de fe, y dado que vivimos metidos dentro de un ambiente con distintos modos de pensar y con unos determinados criterios, necesitamos vivir con seriedad y con coherencia, nuestra propia fe, pudiendo dar razón de la misma, y sabiendo lo que nos llevamos entre manos; en definitiva, necesitamos saber de quién nos hemos fiado.

En cuanto a ti, piensa qué es lo que estás buscando en la vida, qué quieres ser en el futuro y para qué lo quieres ser, qué quieres hacer, qué lugar ocupa Dios en tus proyectos, cómo aplicas tu fe a tu vida, cómo va tu fidelidad a la amistad con el Señor. Cantidad de preguntas a las que vale la pena que te contestes con toda seriedad.

Tu obrar manifiesta lo que estás siendo y tus criterios son los que marcan las pautas de tu obrar.

¿No crees que deberías entrar en diálogo con el Señor para encontrar el sentido de tu vida? ¿Y no valdría también la pena plantearte qué es lo que va queriendo de ti el Señor?

AMADOS POR DIOS

Quien se siente amado es capaz de amar

Quizá estamos insistiendo demasiado en nuestro deber de amar a Dios y no caemos en la cuenta de que lo verdaderamente importante es el hecho de que somos amados por Dios.

Piensa que Dios te quiere; y te quiere como no tienes ni idea. No digo que más ni menos que a otros. Dios es Padre de todos y a todos nos quiere como hijos.

Nos quiere tan entrañablemente que nos ha dado a su propio Hijo; y Él, nuestro hermano mayor, nos ha manifestado su amor hasta el extremo de dar su vida por nosotros en la cruz.

Cuando veo a Cristo en la cruz, pienso inmediatamente: ¿por qué? y no encuentro respuesta ni lógica; sólo la lógica del infinito amor de Dios a los hombres. Y como este amor infinito de Dios va más allá de lo que yo puedo alcanzar, quedo abrumado ante la inmensidad del amor de Dios hacia mí.

Porque sigo pensando y caigo en la cuenta de que lo que Dios ha hecho por todos los hombres, lo ha hecho por mí. De tal manera que si yo hubiese sido el único pecador, Cristo hubiese hecho por mí lo mismo que ha hecho por todos. Es algo así como un padre que es capaz de sacrificarse por sus hijos, incluso hasta el extremo de dar su vida por ellos; pero con la particularidad de que, por tratarse de sus hijos, está dispuesto a hacer por cualquiera de ellos, el mismo sacrificio que hace por todos.

Lo que Dios ha hecho por todos, lo ha hecho por cada uno, sencillamente, porque somos hijos suyos. Es decir, que lo que Cristo ha hecho por todos, lo ha hecho por mí.

Es entonces cuando, ante cualquier imagen de Cristo crucificado vuelvo a preguntarme: ¿por qué? Y acaba la reflexión y empieza la contemplación. Y voy viendo que Dios es amor y padre y amigo, y voy viendo que mi amor es muy pequeño y muy raquítico y me voy sintiendo abrumado ante el amor inmenso de Dios.

¿Verdad que a todos nos gusta que nos quieran?

Siento el gozo inmenso de ser amado por Dios; al mismo tiempo, al ver que Dios ama a todos los hombres con el mismo amor de Padre, me siento más hermano de todos.

Dios te ama muy personalmente. Valdría la pena que pensases en la cantidad de gestos de amor que Dios ha tenido contigo a través de tu vida. Aparte de la vida, te has encontrado con unos padres que te quieren, con unos amigos, con unos educadores. Todos ellos son un regalo del Señor. Tu salud, tu inteligencia, tus cualidades, son un regalo del Señor. Tu fe, la Iglesia, los sacramentos, son un regalo del Señor. Todo lo que eres y lo que hay a tu alrededor y lo que tienes, son gestos del amor del Señor hacia ti.

Y cuando nos preguntamos el porqué, vemos que nos quiere hacer hijos con el Hijo; nos quiere a imagen de su Hijo Jesús.

Precisamente al saborear este amor de Dios es cuando nos podemos sentir comprometidos en el amor a Dios y a los hermanos. Al sentirnos amados con tal intensidad, no nos podemos limitar a «cumplir», sino

que trataremos de devolverle el amor que estamos recibiendo de Él; trataremos de agradarle y de complacerle lo más posible.

Tampoco nos limitaremos a «cumplir» con los hermanos porque vemos que Dios les está amando también como a nosotros, ya que nos quiere hacer a todos hijos con el Hijo.

Pensando en todo esto, hemos de sentir el gozo del amor, la felicidad de sentirnos amados por el Señor; hemos de saborear el ser queridos por Él.

Hay que entrar en el misterio del amor de Dios para poder amarle de verdad con el mismo amor desinteresado y gratuito con que Él nos ama, y para poder comunicar este amor a los hermanos.

CONTEMPLACION DE JESÚS

Conocemos al Padre mirando su imagen que es Jesús

¡Con qué simpatía miramos a Jesús! Es que atrae, cautiva. Realmente es algo maravilloso ver su capacidad de acogida, sobre todo a los pobres y a los niños y a los enfermos y a los rechazados por la sociedad de entonces; es algo maravilloso.

Ver a Jesús anunciando el Reino de Dios y predicando con toda claridad las exigencias del amor de Dios y verle, al mismo tiempo, coherente con lo que decía, es algo que ha llamado siempre la atención.

Ver a un hombre indefenso ante los poderes de este mundo, capaz de decir a sus perseguidores, sabiendo que iban a por Él: ¿quién de vosotros me puede echar en cara cualquier defecto?, es algo que asombra.

Y ver a un hombre con un señorío impresionante sobre todas las cosas y sobre todas las circunstancias, incluso sobre la muerte, es admirable. Ante un hom-

bre así hay que rendirse; y sabiendo que te quiere con locura, has de decirle: cuenta conmigo. Pídeme lo que quieras; no te voy a defraudar.

¿No te parece que una buena manera de hacer oración sería sencillamente pensar en Jesús, hombre al mismo tiempo que Dios? Contemplar a Jesús, amigo de los hombres y amigo tuyo, sería una oración extraordinaria, por mucho que a algunos les pueda parecer perder el tiempo.

Algún valor tendrá el hecho de contemplar a Jesús cuando ha cautivado a tantos hermanos nuestros que en los monasterios, tanto de hombres como de mujeres, han dedicado sus vidas precisamente a eso, a contemplar a Jesús.

Contemplando la vida, las palabras, los gestos, las actitudes de Jesús, estamos saboreando el amor infinito de Dios, pues a través de Jesús, nos sabemos amados personalmente por el Padre ya que Jesús es el regalo que el Padre nos hace como gesto de su amor hacia nosotros.

Sin embargo, Jesús no es para admirar, por mucho

que le admiremos, sino para ser contemplado, amado e imitado. Esto significa que hay que contemplarle con amor.

Si lo ves junto a ti en tu vida, ya no sientes una soledad absurda ni avanzas a tientas hacia tu futuro en la más impenetrable oscuridad. Hay quien se adentra por los caminos de la vida iluminándose con la luz pobre de su buena voluntad. Al conocer a Jesús, se ilumina tu camino con el sol radiante de su verdad y de su vida. Ante el sol ya no vas a tientas. Todo cambia. Por eso San Pablo todo lo estima basura comparado con el conocimiento de Cristo Jesús «mi Señor», como le llama.

Todo cambia cuando fijamos nuestra mirada en Jesús y no en nosotros. Si nos miramos a nosotros, o vemos basuras y no sabemos hacia dónde volver los ojos, o caemos en el fariseísmo creyéndonos mejores que los «pobrecitos pecadores».

Pero si es Jesús quien está en el centro de nuestra vida, al sentirnos amados por Él, ni nos desanimamos ni nos tenemos por buenos. Sencillamente, nos sentimos pecadores -es lo que somos todos- pero nos senti-

mos pecadores perdonados, amados y queridos entrañablemente por el Señor. Y eso ensancha el corazón.

Por ahí va el camino de la contemplación de Jesús. A través de Él, entramos en la contemplación del amor de Dios.

EN CAMINO HACIA EL PADRE

Meta última y definitiva de Cristo y tuya

Jesús dijo de sí mismo ser el camino. Cualquier camino conduce hacia una meta. Jesús nos conduce hacia el Padre. El Padre es el punto final y la meta de todo, tanto de la obra de Jesús como de nuestras obras. Además, Jesús es el único camino: nadie va al Padre sino por mí, dice en una ocasión.

Camino y meta están estrechamente unidos. Su vida es una pura transparencia del Padre. Por eso podrá decir: quien me ve a mí, ve al Padre. Él sale del Padre y vuelve al Padre (Jn.16,28); el Padre está en mí y yo en el Padre (Jn. 14,10); nadie viene al Padre sino por mí (Jn.14,6). Son todas ellas frases de Jesús.

Notemos en la última que no dice nadie VA al Padre sino que dice nadie VIENE al Padre, porque Él está en el Padre.

Está de tal manera pendiente del Padre y unido a Él, que a pesar del señorío sobre todas las cosas con que Jesús se presenta, siempre se le ve pendiente del Padre a quien obedece y a quien trata de agradar en todo: «Yo hago siempre lo que es de su agrado»(Jn. 8, 29).

Está en contacto permanente con Él. El Padre no sólo está presente al final de su camino sino desde el principio. Sus primeras palabras hablan del Padre: ¿no sabíais que he de ocuparme de las cosas que son de mi Padre? Y sus últimas también: a tus manos encomiendo mi espíritu. Su vida es una referencia constante al Padre. Le alaba, le da gracias, le pide; recurre a Él con gran confianza, pero aceptando siempre su voluntad. En la oración del huerto le pide que aparte de Él el cáliz de la pasión, pero añade en seguida: no se haga como yo quiero sino como Tú.

Si lees pausadamente los capítulos 14-17 de San Juan, verás el alma de Jesús hablando con el Padre. Su

interior es un sancta sanctorum en el que sólo habita el Padre. Hay un vacío total de todo lo que no sea el Padre, es decir, de todo lo humano, de todo personalismo, de todo interés. Sólo el Padre y sólo su voluntad.

No puede hablarnos más que del Padre. Y lo hace con un cariño impresionante. Se le nota a la legua que le quiere con toda su alma. Nos lo revela como Padre nuestro, tuyo, mío y de todos. Y nos invita a que le llamemos también nosotros con la misma palabra de Padre, porque nos ha adoptado como hijos en nuestro nuevo nacimiento por el bautismo.

Nos invita a confiar en el Padre en quien Él confía plenamente; si el Padre cuida de los pajarillos y de las flores, cuánto más va a cuidar de nosotros que somos sus hijos.

La Palabra Padre es una palabra que debiéramos repetir con frecuencia. ¿Sabes lo que supone para nosotros poder llamar a Dios todopoderoso con esta palabra? Prueba a repetir una y otra vez, despacio, en voz baja y a solas, esta palabra Padre; escúchala saboreándola. Seguro que vas a pasar un rato delicioso; te sentirás cerca del Señor.

La obediencia y la confianza de Jesús en el Padre debe ser modelo de nuestra obediencia y confianza. No te abandonará como tampoco abandonó a Jesús. Irás descubriendo, también como Jesús, los caminos incomprensibles de tu obediencia. Y como Jesús podrás también decir que el Padre siempre te escucha.

El Padre te irá conduciendo por medio de su Espíritu hacia metas que no prevés. Te identificará con Cristo.

CONDOCIDOS POR EL ESPÍRITU

Nos configura a imagen de Jesús

Jesús sigue realizando su obra de identificarnos con Él, por medio del Espíritu que se nos ha infundido en nuestros corazones.

Hasta la venida del Espíritu, Dios ha estado en camino hacia el hombre. Nos ha enviado a su Hijo y, acabada la obra de Jesús con su ascensión a los cielos, Padre e Hijo nos envían su Espíritu. Desde este

momento, es el hombre quien, fortalecido, animado y conducido por el Espíritu, está en camino hacia Dios.

Es demasiado elevado el ideal cristiano de reemprender una vida nueva, para que lo podamos afrontar por nuestra cuenta. Por eso es el Espíritu quien suscita nuestro querer, lo apoya, nos acompaña, nos abre horizontes y nos atrae hacia sí. Se nos mete muy dentro del alma como los grandes amigos. Nos envuelve de tal manera que nuestra vida, la nueva a la que renacimos por el agua y el Espíritu, es toda ella espiritual, es decir, propia del Espíritu y fruto del mismo.

Es el Espíritu el alma de tu vida nueva, quien te cambia el corazón y quien te mueve a decirle que sí al Señor cuando vas descubriendo lo que quiere de ti. Actúa con suavidad y con fuerza, atrayéndonos más que empujándonos, como se atraen los que se aman.

Nos lanza al mundo como lanzó a los apóstoles el día de Pentecostés: con total indefensión, con pobreza de medios y de cualidades humanas, para que a través de nosotros, Jesús siga edificando su Iglesia.

Pero antes de enviarnos al mundo, ha de romper nuestras cadenas de esclavitud y nuestras barreras de separación, pues somos enviados para proclamar y ofrecer en nombre de Cristo, la libertad y la unidad; y si no las tenemos no las podemos ofrecer. Por eso restaura nuestra libertad maltrecha; nos convierte en hombres nuevos con una vida nueva para ir forjando la comunión y la fraternidad entre todos. Pero quiere nuestra libre aceptación; no nos fuerza a ser amigos.

Has de darle libertad de movimiento para que te infunda nueva vida y para que la desarrolle, para que quite todo germen de muerte que pueda haber en ti, como egoísmo, autosuficiencia, orgullo, envidias, pereza, impureza...

Y has de dejarle también las manos libres para que rompa las vallas que te aíslan de la unidad y de la comunión; las vallas que te impiden mirar hacia afuera y que te encierran en tu propia pequeñez. Has de abrirte a los nuevos horizontes de hermandad, de sentir a todos los hombres como hermanos ya que todos son queridos por Dios como hijos. Has de ser consciente de que los hombres necesitan de ti.

Déjate conducir; despliega las velas de la barca de tu vida y recoge todo el soplo y la fuerza del Espíritu. A respirar nuevos aires de libertad y de fraternidad universal. Captarás su presencia dentro de ti y junto a ti, renovando el mundo con su acción santificadora. Saborearás lo que es sentirnos queridos por Dios; gozarás queriendo a los hermanos y no te pesarán los sacrificios que puedas hacer por ellos.

Tu vida tendrá un norte, tendrá un sentido. Te estarás realizando como Dios quiere.

COMPROMETIDOS EN LA AMISTAD

**¿Vale la indiferencia
ante quien murió por nosotros?**

Nuestra respuesta a la amistad de Cristo, es devolverle la amistad recibida de Él; es la respuesta lógica entre amigos.

Con el conocimiento de Cristo sucede lo mismo que cuando surge un gran amor en nuestra vida. Todo cambia; se ven las cosas de otra manera. Se entra en un

nuevo clima cuando empezamos a estar pendientes de la persona amiga.

Pero nuestra amistad con Cristo tiene una particularidad: nos encontramos con una fuerza que nos viene de su Espíritu para no arredrarnos ante las dificultades. Con esa fuerza intentamos quererle y agradarle, como al amigo íntimo; intentamos complacerle; tratamos de identificarnos con Él; y estamos convencidos de que podemos conseguirlo; y no nos conformamos con hacer una serie de cosas para tener la conciencia tranquila con la convicción del deber cumplido; al contrario, nos exigimos vivir nuestra amistad con Él hasta las últimas consecuencias.

El amor hay que mantenerlo; también nuestro amor a Cristo; de lo contrario, puede fallar. Aquí es donde entra en juego la importancia de los sacramentos, de la oración, de la lectura del Evangelio, de la dirección espiritual, de la incorporación a algún grupo apostólico; y todo, en función del cumplimiento de nuestro deber de amar a Dios y al prójimo.

Esa es nuestra moral, la moral evangélica. La pregunta que empezamos a formularnos es: ¿cómo res-

pondo mejor a la amistad y al amor que Cristo me tiene? Esto es seguirle; y en este seguimiento e imitación de Cristo consiste la GOZOSA, al mismo tiempo que EXIGENTE, moral evangélica.

Y no es que quiera pintarte las cosas de color de rosa como diciéndote que tu vida de fidelidad a la amistad con Cristo la vivirás como una luna de miel. El mismo Jesús nos habla de la cruz que hay que asumir y de la negación que hemos de hacer de nosotros mismos para seguirle (Lc. 9, 23-26).

Pide al discípulo: negarse a sí mismo, tomar la cruz y seguirle; negarnos a nosotros mismos; casi nada. ¿Sabes lo que significa eso? Pues nada menos que no tenerte en cuenta para nada. Ni tú ni tus cosas ni tus derechos ni tus intereses; nada. Prescinde de todo aquello a lo que puedes añadir el posesivo «MI...» y tendrás el resultado.

Cuando uno elige al Señor, ha de renunciar a todo lo que no sea el Señor, para confiar sólo en Él. Es arriesgado tomar en serio seguir a Cristo. Pero también es gozoso.

Es necesario entrar a fondo en la conversión de nuestro interior. Actuar por Dios y para Dios; sólo para agradarle. Recuerda lo que dice el Señor en el sermón del monte sobre la rectitud de intención con que debemos actuar: siempre de cara al Padre para agradarle; no de cara a los hombres para que nos recompensen con su admiración o gratitud.

Edificar tu futuro sobre la amistad con Cristo es como edificar sobre roca firme: «cayó la lluvia, vino la riada, soplaron los vientos y arremetieron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada en la roca» (Mt. 7, 24-29).

No le tengas miedo al futuro; no te vuelvas atrás, porque el Señor no defrauda a nadie. Piensa en aquello que dice: «El que pone la mano y vuelva la vista atrás, no es digno de mí» (Lc. 9,62). El camino no es fácil. Pero hay que situarse ante él como el niño pequeño que va a afrontar una gran empresa cogido de la mano de su padre. Y eso somos todos, niños pequeños que confían en su Padre Dios.

MIEMBROS DE LA IGLESIA

Hay que dar gratis lo que recibimos gratis

Al hablar de la Iglesia, al mismo tiempo que hablamos de la Iglesia santa porque en ella está Jesús, hablamos de la Iglesia que está llena de pecadores porque en ella estamos nosotros que somos pecadores perdonados. Aunque parezcan dos iglesias distintas, se trata de la misma Iglesia, de la única que hay.

Cuando algunos se preguntan qué clase de Iglesia queremos, dan la sensación de creer en la existencia de varios modelos de Iglesia para escoger. Y la Iglesia es única. Otra cosa es acentuar un tipo de actuación según las necesidades sociales o políticas o culturales en que nos encontramos.

Lo primero que hay que afirmar es que pertenecer a la Iglesia, a ésta, a la única que hay, a la de Jesús es un honor.

No la hemos elegido nosotros como se puede elegir cualquier asociación. Hemos sido incorporados por Dios a la Iglesia como son introducidos en una barca

los náufragos salvados del naufragio; recogidos y salvados, no por méritos propios.

¿Y sabes lo que hacen algunos una vez dentro de la barquichuela de salvamento? Enfrentarse unos con otros, criticándose los defectos y creyéndose los mejores para marcarle el rumbo a la barquichela de salvamento en la que se encuentran salvados. ¿No sería más lógica la actitud de acción de gracias por haber sido salvados y seguir buscando para ayudar a los otros náufragos que todavía no han sido encontrados?

Por otra parte, de la Iglesia lo hemos recibido todo: la fe, la gracia, los sacramentos, el perdón, el ejemplo de tantas personas buenas que nos han ayudado... todo.

Nuestra actitud debiera ser de gratitud y amor hacia la Iglesia, porque en ella, así como es, está el Señor y la ama, aunque la quiere cada día más santa y perfecta.

Únete a la Iglesia, sin fariseísmos, sin escandalizarte por los defectos que pueda tener, sin creerte más digno que los demás, sin esa obsesión por criticar todo; pero también con el deseo de vivir lo más perfectamente posible tu vida evangélica y de ayudar a todos a vivir de acuerdo con los deseos de Jesús.

Por mucho que algunos desprestigien a la Iglesia con sus críticas, y a pesar de todos los defectos que en ella pueda haber, hay que descubrirse ante cantidad de gente maravillosa que hay en ella. Son quienes le han dejado las manos libres al Señor para que actúe en ellos. Esto es lo que hay que hacer. Todos los que pertenecemos a la Iglesia somos como sedientos que hemos sido llamados a saciar nuestra sed en el manantial de agua viva que es Jesús, quien nos da el agua a través de su Iglesia. Si la despreciamos, aparte de privarnos del agua, despreciamos al Señor ya que la Iglesia es el cuerpo de Jesús. No se puede apreciar a nadie, despreciando al mismo tiempo su cuerpo por muy enfermizo o malformado que esté.

En definitiva eres tú quien está en cuestión; eres tú quien ha de responderle con fidelidad al Señor en vez de estar pendiente de si los demás le responden. ¿No te parece que tienes un largo camino por delante?

En vez de formar grupitos aislados dentro de la Iglesia, debiéramos considerarla como la gran familia de los hijos de Dios. Cada uno, con nuestros defectos y limitaciones; cada uno, con nuestras debilidades y

con nuestras cualidades; pero todos, queriéndonos y ayudándonos.

CRISTO TE NECESITA Y TE LLAMA

Necesita de ti para acabar su obra

Cristo construye su Iglesia; Él, no nosotros. Nosotros le prestamos nuestra ayuda, nuestro testimonio, nuestra persona. Pero es Él quien santifica, quien predica, quien bautiza y quien perdona a través del sacerdote; es Él quien se presenta ante el mundo a través del testimonio de los que creemos en Él; es Él quien da ánimos para seguir en nuestro puesto...

Es Él quien sigue invitando, hoy como ayer, a seguirle para que le permitamos, con la respuesta positiva a la vocación a que nos llama, continuar su misión de salvar a todos los hombres. Nosotros, por nuestra vocación cristiana, estamos llamados a ser transparencia suya en medio del mundo para que, a través de nosotros, los hombres lo descubran y lo acepten como salvador.

Necesita hoy de hombres y mujeres que vivan su amor matrimonial de manera que reflejen el amor que Cristo le tuvo a su Iglesia; matrimonios que funden familias que puedan ser consideradas como iglesias domésticas.

Necesita de sacerdotes que le ofrezcan sus vidas para que, a través de ellos, Jesús pueda seguir estando presente en el mundo de hoy, predicando como ayer a todos los hombres, santificando y aunando en la caridad a quienes creen en Él.

Necesita de hombres y mujeres consagrados dentro de la vida religiosa con el deseo de vivir el Evangelio de una manera radical en comunidad; los necesita tanto en la vida activa como en la contemplativa; hombres y mujeres que sirvan incondicionalmente a la Iglesia y que sean estímulo y ayuda para todos los cristianos.

Necesita de hombres y mujeres consagrados en la vida secular para actuar en el ambiente desde dentro mismo de las estructuras del mundo, siendo fermento en medio de la masa para que nuestra sociedad se vaya impregnando del espíritu evangélico.

Necesita hombres y mujeres en los países de misión, capaces de dejar su patria para lanzarse con generosidad a la obra maravillosa de anunciar a Jesús como salvador de todos los hombres y proclamando su mensaje de salvación por todo el mundo.

Cristo ha querido necesitar del hombre. Nos ha tomado en serio. No somos marionetas en sus manos. A veces somos incapaces de comprender esto; parece que en el fondo tenemos la idea de que Dios no necesita de nosotros pero actúa «como si» necesitase de nosotros.

Pero Dios nos ha tomado en serio; se ha vinculado a nuestra historia, es decir a la historia que ha puesto en nuestras manos y en la que hemos fracasado. Él nos convierte en hombres nuevos para hacer, fundada y cimentada en Él, una nueva historia de la humanidad.

Necesita de ti, como necesita de todos. Procura descubrir qué es lo que desea y quiere de ti. Pregúntaselo, pero de verdad y con el alma abierta. Pregúntale, de amigo a amigo y en diálogo sincero con Él, dónde te necesita.

Ten la seguridad de que te va a responder, porque siempre responde a quien le pregunta con la sinceridad del amigo.

Ten el coraje de decirle que sí a lo que sea. No te arrepentirás. Cristo nunca ha defraudado a quienes confiaron en Él y se arriesgaron por Él.

FIDELIDAD COMO MIEMBROS DE LA IGLESIA

La fidelidad es consecuencia de la amistad.

Si queremos una Iglesia fiel al Señor, nuestro único camino es el de nuestra propia fidelidad. Y no se trata de la fidelidad a personas concretas como pueden ser tus amigos o tus padres o un sacerdote o el obispo o el papa. Se trata de la fidelidad a Cristo. Tampoco se trata, aunque hoy se hable mucho de ello, de la fidelidad al hombre; ésta se resuelve en la fidelidad a Cristo que quiere que amemos al hombre.

Que la fidelidad al amigo Jesús nos va a complicar la vida y es posible que no nos admitan en algunos sec-

tores, no debe ser problema. Hay que estar dispuestos a lo que sea por Él.

Hay que elegir constantemente entre la fidelidad a Cristo y la fidelidad al mundo. Algunos hablan de la fidelidad a sí mismos. Pero esta fidelidad consiste en ser consecuentes con los propios principios; y el principio central cristiano es la vivencia de la amistad con Cristo hasta las últimas consecuencias.

Ser fiel a Cristo supone empezar un camino nuevo. Es convertirse; es tener un nuevo ser, vivir una vida nueva, tener un nuevo pensar, un nuevo sentir; en otras palabras, consiste en ser y actuar al estilo de Jesús. Supone por tanto, dejar actuar a Dios en nuestra vida, dejarle las manos libres para que actúe a placer en nosotros a través de la fuerza de su gracia.

¿Te acuerdas de aquel pasaje del Evangelio en que, al hablar Jesús de que padecería en Jerusalén, San Pedro trata de apartarle de ese camino? Es lo que le hubiéramos aconsejado nosotros como se lo hubiéramos aconsejado a cualquier amigo a quien viésemos en peligro. Sin embargo, Jesús le dice:

«apártate, satanás, porque piensas como los hombres, no como Dios». Pensar como Dios, he ahí el problema: supone aceptar en nuestra vida el misterio de la cruz del Señor, incomprensible ante una mirada humana, pero camino de salvación y de redención para los creyentes.

Los criterios con que se construyen estos caminos no pueden ser otros que los criterios evangélicos; y la moral no puede ser otra que la moral de la amistad exigente con Jesús.

Se habla también de si la Iglesia va por caminos de involución en vez de ir por caminos de progreso y de futuro, pero quizá no se tiene suficientemente en cuenta que los caminos de futuro, de auténtico futuro, son los caminos del Evangelio.

Acomodarse o pretender que la Iglesia admita como positivo lo que la gente considera normal en su escala de valores, o dar como buena la moral que se va introduciendo en nuestra sociedad, es volver al hombre viejo del cual nos hemos despojado por la redención de Jesucristo. Esto es lo que realmente sería una involución, volver al pasado con el que hemos roto en nuestro bautismo.

¿Piensa Jesús sobre la vida, sobre el adulterio, sobre el amor, sobre los deseos... lo que piensa nuestro mundo? No podemos volver al hombre viejo, al hombre de pecado, aunque algunos intenten presentárnoslo bajo la capa de progreso y de futuro.

Nada de conformismos con el espíritu de este mundo. Hay que ir hacia un mundo nuevo con hombres nuevos. Hay que vivir la moral de la exigencia en la fidelidad a la amistad. Y esto el mundo viejo no lo entiende. La palabra de Jesús ha de ser lo que nos oriente; y su obra, lo que nos estimule.

Sé consecuente en tu amistad con Jesús y avanza hacia el futuro por el único camino válido: Jesús.

MORAL EVANGÉLICA

Exige cumplir los mandamientos pero va más allá

Al hablar de moral, lo podemos hacer de distintas maneras. Incluso podemos decir que cada uno tenemos nuestra moral. La moral depende de los valores que uno admite como fundamentales en su vida. Según la

concepción de la vida, uno puede considerar como moral lo que para otros es inmoral.

El valor fundamental al que hace referencia nuestra moral cristiana, es la amistad con Cristo. En el cristianismo, todo está referido a esto. Una cosa es moral o inmoral según que fomente o enfríe esta amistad. Por eso, la línea de la moral cristiana la podríamos resumir en la siguiente pregunta: ¿TE DECIDES A QUERER A CRISTO COMO AMIGO DE VERDAD?

Si te decides, lo primero que tendrás que hacer será aceptar su voluntad, claramente expresada en los mandamientos. Jesús le dijo al joven que le pregunta qué ha de hacer para entrar en la vida eterna, que cumpliese los mandamientos. Pero en nuestra moral de amistad no nos hemos de quedar ahí; hemos de llegar hasta el final. Por eso le dice también al joven: Si quieres ser perfecto...

La moral cristiana no consiste en algo así como pagar un tributo para cumplir con un deber. Sería una moral en la que se buscaría el «cumplir». Así entendían la moral quienes le preguntaban a Cristo lo que

también nosotros hemos preguntado a veces: «¿Es lícito...?» Aquí sí que se van buscando los límites legales que no se pueden traspasar.

A Jesús no le gustaba que le preguntasen si era o no lícito hacer algo determinado. Señalaba inmediatamente las grandes metas del amor y de la amistad. Y es que el amigo no se conforma con que el amigo cumpla; quiere ser amado hasta el final; no admite componendas, lo pide todo y lo exige todo; pero es porque Él lo ha dado todo previamente.

Hablar de moral cristiana equivale a hablar de la moral de la amistad y del amor. Hay que avanzar hasta el final en el camino del amor; y ya sabes que el final de este camino está en el hecho de dar la vida. Mientras no la demos toda por Él, no podemos estar satisfechos.

Hay que vivir una relación de amistad con Jesús hasta las últimas consecuencias. Se trata de responder con la amistad a quien nos ha manifestado la suya entregando su vida por nosotros. Por eso no hay límites en la vivencia de la moral.

Supone, pues, aceptar la invitación del Señor a participar en el banquete de fiesta del amor. Y a veces

tenemos demasiados compromisos que nos impiden aceptar la invitación, como en el caso de la parábola de los invitados a la cena cuando cada uno va poniendo sus excusas para no aceptar (Lc.14, 15-24).

A veces nos excusamos ¿sabes por qué? Porque entrar de lleno en la fiesta del amor supone amar con Cristo y como Cristo, a los hombres. Y a eso muchas veces no estamos dispuestos; pero es fundamental en nuestra moral.

Nunca podemos quedarnos tranquilos como el fariseo de la parábola; él se creía en regla porque cumplía con los preceptos de la Ley, pero no había tenido un encuentro de amistad con Dios. Debemos estar siempre alegres y nuestra vida debiera ser una acción de gracias continua por haber sido amados y perdonados por el Señor. Esa alegría nos debe llevar a desear hacer todo lo que el Señor espera de nosotros y a comprometernos más por su amor.

RESPONSABILIDAD

No vale estar cruzados de brazos

Mira, a veces hablamos mucho de nuestra fe y de nuestra amistad con Cristo y a la hora de actuar en consecuencia, de manifestarnos como amigos suyos, nos volvemos atrás. A veces nuestra fe es de apariencias.

Has de vivir con la conciencia muy viva de que Cristo dio su vida por ti; y has de plantearte si lo que tú estás haciendo por Él, es lo que puedes y debes. Has de ser capaz de trabajar por Él y debes disponerte a dar la cara por quien dio la cara por ti.

Quizá hasta ahora puedes haber sido como la higuera aquella de la parábola (Lc. 13, 6-9). Años y años sin producir fruto. El Señor decide arrancarla. Déjala un año más, le dijo el viñador; a ver si da fruto para el año que viene...; si no, la cortarás.

El viñador es Cristo que intercede al Padre por ti. Un año y otro el Padre esperaba el fruto de tu vida y no lo encontraba. Seguías pensando sólo en ti, en tus conveniencias, en tus cosas y en tus problemas. ¿Por qué

no empiezas a pensar en tu amigo Jesús, en sus cosas, en sus proyectos, en sus hermanos que son también los tuyos?

Esta responsabilidad nos lleva a hacer rendir los talentos que el Señor nos ha dado: vida, bienes, inteligencia, cualidades... ¿Recuerdas la parábola de los talentos? A uno le había dado cinco, a otro dos, a otro uno. Hay que hacerlos rendir (Mt. 25, 14-30).

Lógicamente es más cómoda la actitud del perezoso que esconde el talento para entregárselo a su señor cuando vuelva. Pero quien hizo eso fue condenado.

Sencillamente nos asusta el comprometernos. Hablamos mucho de unos y de otros, del Papa, del Vaticano, de la jerarquía, de los dirigentes, de si los grupos apostólicos son cerrados, de si son demasiado abiertos... Menos hablar y más actuar. ¿No te parece?

Nuestro actuar no debe ser un actuar cansino, como forzado; debe ser entusiasta como cuando se inicia una amistad maravillosa. Ciertamente que el actuar por Cristo es duro; supone actuar en contra de nuestras tendencias y en contra del ambiente; y no es agradable sentir el

rechazo en el ambiente donde uno vive o trabaja. Si seguimos a Cristo, tengamos la convicción de que, por no ser del mundo, hemos de ser rechazados por quienes viven según el espíritu de este mundo. Pero somos compensados con creces sintiéndonos acogidos y aceptados por Jesús. «Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo suyo» (Jn.15, 19).

No dudes en entregarte a vivir la amistad con Cristo; pero la amistad responsable, la auténtica, la verdadera, la que no cansa, la que ilusiona, la que supera todas las amistades que hay en el mundo. No te arrepentirás.

Encontrarte con Cristo amigo es como encontrarte con la gran amistad de tu vida. Te podías aplicar el ejemplo de la parábola del tesoro escondido. Quien lo encuentra va corriendo de alegría a vender todas sus cosas para comprar aquel campo y quedarse con el tesoro (Mt. 13, 44-46). Vete también corriendo de alegría a desprenderte de todo aquello que te impida vivir con seriedad y con autenticidad tu maravillosa amistad con Cristo. Y sé responsable ante esta nueva amistad.

POR DONDE VA TU FUTURO

Descubre el “querer” de Dios sobre ti

Tienes cualidades de todo tipo que el Señor ha puesto en ti. Estos son los talentos que Dios te ha dado y que debes hacer rendir. Lo cual supone, en primer lugar, escucharle, pero como se escucha a un amigo. Supone por tanto, aceptar lo que ves que Él va queriendo de ti. Esto es fundamental si quieres realizarte como debemos y no como te gustaría o como te resultaría más fácil. Y esto no es cuestión de gustos ni de ir calculando si te estropea el plan un día y otro; es cuestión de tomarte en serio tu amistad con Él y tu responsabilidad en la vivencia de dicha amistad.

Has de afrontar tu futuro de cara a Cristo. A Él no lo puedes considerar como alguien con quien hay que quedar bien. Es el eje alrededor del cual debe girar todo, pero todo; también tú.

Ciertamente tu vida de amistad con Cristo no es vida de comodidades, ni de placeres ni de conveniencias personales. Es vida de compenetración con Él. Trata de seguirle por dónde Él te indique, no por donde

te guste; no estés pendiente de ti sino de Él. Es cierto que la puerta que conduce a la vida es estrecha y la senda angosta (Mt. 7, 13-14). Pero se trata del camino de la LIBERTAD para amar, para servir, para colaborar con Cristo en la creación de un mundo nuevo.

Este camino de la libertad exige grandes sacrificios. Nada menos que ser capaz de dejar padre y madre (Mt. 10, 37-38), de renunciar hasta a la propia vida (Mt. 16, 25), de ser enterrado como el grano de trigo para dar fruto (Jn.12, 24-26). Como ves, no se andaba con chinitas a la hora de las exigencias. Por eso si quieres entrar de lleno en el círculo de los amigos de Jesús, no te hagas atrás. Dile de verdad y de corazón: Cuenta conmigo para lo que quieras; y si te das a Él por completo, recuerda que debes desprenderte de todo lo que no sea Él.

Piensa que cada uno de nosotros, y por tanto tú, somos un PROYECTO DE DIOS que Él va desarrollando a través de su Espíritu. Dios no te ha lanzado a la vida como se lanzan a voleo las semillas en el campo y ya se verá cuáles van germinando. Dios tiene un proyecto concreto sobre ti, proyecto que has de ir descu-

briendo en diálogo con Él; al descubrirlo, ponte en sus manos para que el Espíritu lo vaya desarrollando.

Es el Espíritu quien desarrolla las distintas vocaciones como el agua hace germinar y crecer las distintas semillas. La vocación no es algo estático, algo que «se tiene»; más bien es un proyecto de Dios que se va realizando en la fidelidad a su voluntad movidos por la acción del Espíritu.

Para encontrar tu camino de futuro, debes dejarte conducir por el Espíritu. Esto te va a suponer cierta incomodidad al principio. Sucede algo así como cuando uno cede el volante del coche a otra persona; al estar acostumbrado a sus propias reacciones, no se siente cómodo ante las reacciones del otro; a veces, el subconsciente le lleva a presionar el pie sobre el suelo intentando frenar.

Si tienes las cualidades debidas para la vida sacerdotal o para la vida consagrada y quieres dedicarte al Señor con rectitud de intención, ten en cuenta que ese «querer» no es tuyo sino que es obra de la gracia. Sin la gracia no se «quiere» así. Tenemos otros querer, no éste.

EN MARCHA CON CRISTO

Buscando nuevas metas siendo fieles a Jesús

El pasaje de Abraham obedeciendo a la llamada de Dios, dejando su tierra y poniéndose en marcha sin saber hacia dónde, siempre me ha llamado la atención.

También a nosotros, en un momento determinado de nuestra vida, nos llama por nuestro nombre y nos dice, como a Abraham: ¡EN MARCHA! Está empezando la historia de nuestra vocación.

Jesús es nuestra meta y nuestro camino. Sabemos por tanto, a dónde vamos y por dónde vamos, aunque no sepamos con qué nos vamos a encontrar en nuestro caminar. No es fácil caminar con Él; pero no nos asustamos de las dificultades y de los peligros del camino; sabemos que Jesús camina con nosotros; y esto es apasionante.

Unos nos dicen que no merece la pena; otros, que pronto nos vamos a cansar; otros, que no vamos a encontrar nada; otros, que es una tarea inútil...; nos invitan a quedarnos con ellos a la vera del camino o a caminar en otra dirección.

Pero Jesús sigue confiando en ti y te sigue invitando a seguir caminando con Él...Y viene la gran decisión; una de esas decisiones en que uno pone en juego todo su futuro.

Nos vamos despegando día a día de la gente que no es capaz de salir de la rutina y nos vamos vinculando a quienes se han puesto también en marcha; vamos formando grupo con los amigos de Jesús y con Jesús, que es quien nos preside a todos.

Y empiezas a ir dejando atrás muchas cosas -algunas muy queridas-; y empiezas a descubrir constantemente nuevas metas; y vas siendo consciente de que lo que ayer era bueno para ti, hoy no es suficientemente bueno; y a veces dudas si continuar el camino o quedarte ya en la meta conseguida.

Y sigue resonando en tu alma la invitación de ¡Adelante! ¡En marcha! y a pesar de las dificultades, sigues caminando junto a Él y vas percibiendo que sigue confiando en ti.

Sobre todo, vas viviendo la experiencia de caminar junto a Jesús, y con los hermanos. Hacia la misma

meta, con las mismas dificultades y por el mismo camino. Ves que un mundo nuevo va naciendo en ti y, a través de ti, entre los hombres. Tienes la conciencia de ser testigo de Jesús.

Decídete a caminar en serio. No apartes tu mirada de Él, porque es el camino, no un guía o alguien que lo muestra; siendo como Él llegaremos al Padre.

Cuando empezamos a caminar con Él, vemos que es un amigo que se nos mete muy hondo. Nos hace descubrir horizontes nuevos; vemos las cosas de otra manera; nos sentimos amados por el Padre. Vamos descubriendo y asumiendo su gran proyecto: salvar a todos los hombres. Verdaderamente apasionante.

De vez en cuando, oyes que te pregunta: ¿te animas a asumir mi proyecto? Quizá te pregunte algún día: ¿te animas a dedicarte por completo a la salvación de todos los hombres?

Ahí quedáis en la intimidad del diálogo, tú y Él a solas.

Quieres seguirle, pero ¿hasta dónde? Piénsalo.

Piénsalo con Él y no temas. Lo importante es que te pongas en marcha con Él y ya irás viendo por dónde quiere que camines.

PARTE SEGUNDA

JESÚS AL ENCUENTRO DEL HOMBRE

DISPONIBILIDAD ANTE EL ENCUENTRO

Jesús te busca. Ten el alma abierta

Es fundamental para el encuentro con Jesús estar en actitud de búsqueda. En el encuentro toman parte dos; como en la amistad. Esto no significa que quien se encuentra con Jesús lo haya estado buscando conscientemente, porque quizá ni siquiera ha oído hablar de Él; pero se tratará de un hombre abierto al mundo de lo religioso y a sus valores.

Aunque Cristo dice de sí mismo que es el camino, quien no está dispuesto a caminar hacia nuevas metas, no podrá tener un encuentro salvífico con él, ya que el camino está en función de la meta que se pretende alcanzar.

El encuentro tiene lugar en la intimidad de la conciencia de cada hombre que busca. Quien busca con

sinceridad y con nobleza, quien busca con el alma limpia y abierta a la verdad, quien busca con sinceridad, dispuesto a abrirse al diálogo con el Señor en la intimidad de su conciencia, se encuentra con Jesús. Y se encuentra porque su alma está siendo preparada y trabajada por el Espíritu para que acepte la oferta de amistad que se le va a hacer en la persona de Jesús. El Espíritu va creando una disposición para que el encuentro con Jesús sea positivo.

Recuerda la actitud tan cerrada de los fariseos ante la curación del ciego de nacimiento (Jn. 9, 1-34). Era sábado cuando le curó haciendo un poco de barro con saliva y poniéndoselo sobre los ojos. Los fariseos dijeron que no podía venir de Dios por haber trabajado en sábado haciendo lodo. Llamaron a sus padres, le volvieron a llamar a él para asegurarse de que era Jesús quien lo había curado; y cuando, en medio de la discusión, el ciego les dice que si Jesús no viniera de Dios no podría haber hecho el milagro, le contestan: eres todo pecado desde que naciste, y ¿pretendes enseñarnos? Y le echaron fuera.

Con Jesús no valen las actitudes preconcebidas. Cuando uno no quiere creer, no cree por muchos mila-

gros que vea. No esperes milagros para encontrarte con Él. Es el amigo que te busca y sale a tu encuentro en tu interior o a través de un testimonio que te da alguien, o de una situación difícil...

No hay que huir ni evitar el encuentro. Al contrario, hay que abrirse a un diálogo sincero con Él. Hay que escucharle con disponibilidad para la verdadera amistad.

Lo que pasa es que cuando Jesús se cruza en nuestra vida y nos propone un camino distinto de aquél que nos hemos trazado, es lógico que nos cueste aceptar porque a nadie nos gusta desandar nuestro propio camino; sobre todo, cuando nos lo hemos trazado a nuestra medida.

Es posible que haya momentos en los que sientas tu pequeñez o la necesidad de metas elevadas que den sentido a tu vivir. Es posible que sientas la soledad o la incomprensión y que empieces a buscar. Es ése precisamente el momento en que Él te está buscando a ti aunque parezca que eres tú quien le busca a Él. Jesús se cruza en tu camino. ¿Por qué no caminar con Él y

empezar a dialogar? Tiene mucho que decirte. Pero ten el alma abierta.

ENCUENTRO CON LA SAMARITANA (Jn. 4, 1-42)

Pídele a Jesús agua viva. No tendrás más sed

Todos deseamos algo, tenemos sed de algo; sed que podemos apagar en las cisternas construídas por nosotros, agua estancada y a veces contaminada, o podemos saciarla en la fuente limpia y cristalina que es Jesús.

Jesús se ofrece para saciar nuestra sed. Recuerda aquel pasaje del Evangelio en que Jesús: «gritó diciendo: el que tenga sed, que venga a mí y beba. El que cree en mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su seno» (Jn.7, 37-39).

La samaritana se encuentra de manera imprevista con Jesús; imprevista para ella pero no para Jesús que la está esperando junto al pozo y le pide de beber apenas llega. Con esta petición de Jesús empieza el diálogo. Es Él quien pide primero; quiere nuestra agua

antes de ofrecernos la suya; quiere un gesto de buena voluntad antes de ofrecernos su don; a veces, por unas u otras razones, nos resistimos a darle lo que nos pide y nos quedamos sin recibir lo que nos quiere dar.

Se trata de una mujer con preocupaciones religiosas, pero con una moral al margen de su religiosidad. Quizá sus preguntas son parecidas a muchas de las preguntas que hacéis los jóvenes en reuniones o en clase de religión; vuestras preguntas a veces, no son aquellas cuya respuesta os puede comprometer realmente.

Jesús, que la ha estado esperando, le formula la pregunta que ella no se ha atrevido a formular. Es esa pregunta cuya respuesta tenemos miedo de conocer porque nos puede obligar a dar un giro radical a nuestra vida.

Le dice: «Llama a tu marido». Ya está planteado el tema en el que ella no quería entrar, el tema que duele. Ella trata de escurrirse pero Jesús la lleva a reconocer que su conducta no es digna. Jesús se le manifestará como El Mesías y ella anunciará a los samaritanos que hay un profeta entre ellos.

A ti también te espera Jesús como esperó a la samaritana. También te pedirá un favor como le pidió a ella. Y es posible que también Jesús y tú habléis lenguajes distintos como sucedió allí. Quizá no interpretes bien lo que Jesús te está ofreciendo. Quizá ni conoces el don de Dios ni quién te está pidiendo de beber. De lo contrario, no le negarías lo que te pide y serías tú quien le pediría de beber a Él.

Te encuentras con Jesús en la materialidad de tu vida. Fíate de Él aunque no acabes de entender su lenguaje.

La samaritana le pide agua para no tener que volver al pozo a sacarla. Tú también le pides normalmente la materialidad de las cosas para no tener que esforzarte en conseguirlas. Jesús tiene otra agua, que es la que te quiere dar y que quizá no aprecias; eres incapaz de pedirle algo distinto de lo que ves porque no conoces el don de Dios. ¡Si conocieras quién es Jesús...!

Si le pides con sinceridad y confianza el agua que te quiere dar ya no tendrás necesidad de ir mendigando agua por ahí; te dará el agua que apagará tu sed para siempre.

¿Te das cuenta que los santos no se han vuelto atrás a pesar de las dificultades que han tenido en sus vidas? Y las han tenido todos. No han tenido sed porque llevaban dentro el manantial de la vida. Quizá tú estás buscando por fuera el agua que sacie tu sed de felicidad y el manantial lo has de buscar dentro de ti, pidiéndole a Jesús el agua limpia y viva que te quiere dar.

ENCUENTRO CON ZAQUEO (Lc. 19, 1-10)

Ve a verle; quizá quiera hospedarse en tu casa

Zaqueo era cobrador de tributos. Ya sabemos el aprecio que el pueblo tiene a los cobradores, sobre todo cuando los tributos se pagan a los dominadores de un pueblo.

Lógicamente Zaqueo se siente despreciado por los judíos; aparte de que, como él mismo indica, no es ajeno al fraude.

Tiene curiosidad por ver a Jesús y se sube a un árbol para verlo pasar. Jesús se acerca y se autoinvita a

comer en su casa. Y es que cuando alguien se acerca a Jesús de buena fe, Él se adelanta al encuentro. Es lo que está buscando; es que ha venido precisamente para encontrarse con nosotros.

Hay quienes, por unas u otras causas, se sienten marginados; no acaban de entrar en el entramado social. Quizá a los adolescentes les pasa algo de eso cuando ni se sienten niños ni mayores y ven que la vida no está montada para ellos.

Quizá a ti te pasa también algo de esto. ¿No tienes curiosidad de conocer a Jesús? ¿No quieres ver por qué hay tanta gente que le sigue y que vive feliz junto a Él?

Tu curiosidad por ver a Jesús puede suscitarse por la lectura de un libro que te hable de Él, o por el hecho de acudir a una reunión de apostolado o a una convivencia o a un encuentro de juventud cristiana... O puede suscitarse porque has visto gestos de amor y de servicio desinteresado que te han llamado la atención; ¡qué sé yo! Lo que es seguro es que si te acercas a Él, se va a fijar en ti como se fijó en Zaqueo. Y de amigo a amigo, le puedes decir, con la misma confianza con

que se lo dijo Zaqueo: He sido un poquito calavera; he sido un poco pasota; me he preocupado en exclusiva de mí; he sido bastante egoísta; he tenido cierta falta de responsabilidad en mis cosas...

E indudablemente le vas a decir también, como Zaqueo, que a partir de ahora vas a cambiar; vas a recuperar el tiempo perdido; vas a empezar de nuevo. Que se ha acabado una vida de aprovecharte de los demás, de pasar de todo, de frivolidad, de falta de responsabilidad; que vas a empezar a amar y a hacer bien las cosas que hasta ahora has hecho mal. Aunque lo que realmente va a empezar es la salvación de Jesús en tu vida.

La salvación puede ser librarte de esa esclavitud que no te deja en paz; o de ese problema que no te atreves a manifestar a nadie y que te va carcomiendo la conciencia por dentro; o de esa vida de mediocridad que estás llevando.

Es posible que le hayas tenido cierto miedo porque quizá ves que tu vida tiene algo que no es del todo limpio. Si realmente tienes deseo de encontrarte con Él -no importa cómo sea tu vida- acércate a Él, que

también, como en el caso de Zaqueo, Él se te acercará; y quizá puedas escuchar, pero dichas a ti, las mismas palabras que le dirigió a Zaqueo: «Hoy ha entrado la salvación en esta casa».

No tengas miedo de acercarte a Jesús por cierto reparo de que tu encuentro con Él pueda complicarte la vida. La vida no se complica con el encuentro con Jesús; al contrario, adquiere su sentido y se empieza a vivir, pero a vivir de verdad. Brotarán de ti actitudes que ahora no puedes ni imaginar.

ENCUENTRO CON NICODEMO (Jn.3,1-21)

Algo te está preocupando. Pregúntaselo a Jesús

Nicodemo era un personaje importante, un fariseo de buena fe; un hombre que busca con sinceridad y con honestidad; un hombre que quiere encontrar la verdad.

Se acerca a Jesús por la noche y le plantea su problema religioso. Quizá el ir por la noche fuese porque sentía simpatía por Jesús, quería hablar con Él, pero

sin que la gente se diese cuenta, ya que no estaba bien visto entre los fariseos dialogar con Jesús.

Después dará la cara por Jesús ante los fariseos diciéndoles que la Ley no permite condenar a nadie sin escucharle y sin averiguar lo que hizo. Y aparecerá en el momento de la muerte de Jesús enterrando su cuerpo con José de Arimatea. Pero ahora todavía está buscando. Y Jesús no se cierra a quien le busca con sinceridad.

En la conversación y a las primeras de cambio, oye de labios del maestro, así en seco, que hay que nacer de nuevo, que hay que nacer de lo alto. Nicodemo que había venido a comprender, no entiende nada y, a pesar de ello, es invitado a aceptar. Normalmente, sólo aceptamos lo que comprendemos. Por eso sigue preguntándole a Jesús: ¿Cómo puede el hombre nacer siendo viejo? Un poco desconcertado sí que estaba.

Le pasa lo mismo que a la samaritana cuando Jesús le hablaba del agua viva; también como ella, entiende las palabras de Jesús en un sentido material.

Es que en nuestro encuentro con Jesús, hay que dar el salto de la fe; hay que fiarse ciegamente de Él; hay

que creer para comprender y a veces queremos comprender antes. Jesús nos exige aceptar sin rodeos ni acomodaciones, lo que nos propone. Es radical en esto. Afronta el problema desde el principio; va al fondo de la cuestión. Pone a prueba nuestra confianza en Él. En el caso de Nicodemo sigue insistiendo: hay que nacer de lo alto; hay que nacer del agua y del Espíritu. En otras palabras, hay que empezar de nuevo.

Y nacer de nuevo supone dejarse llevar y conducir por el Espíritu. Te encuentras como en medio de un vendaval que no sabes de dónde viene ni a dónde va; te sientes como una pequeña semilla que es arrastrada sin metas prefijadas. Hay que dejarse llevar rompiendo ataduras y condicionamientos; hay que estar totalmente libres para ser conducidos por el Espíritu al lugar donde hemos de germinar y fructificar.

En otras palabras; Nicodemo iba buscando cómo hacer para cambiar de obras y Jesús le dice que lo que hay que hacer es cambiar a una vida nueva. Y como la vida empieza con el nacimiento, hay que nacer de nuevo. Lo pasado ya no sirve. Hay que romper con él; por eso la insistencia del Evangelio en que seamos capaces

de morir a nosotros mismos. Es necesaria la muerte al pasado para que nazca la vida nueva.

En la conversación, Jesús apunta a su muerte: como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo el que creyere en Él tenga vida eterna. En esa muerte de Jesús empieza para nosotros la vida.

Nuestra unión a la muerte de Cristo se manifiesta por nuestra capacidad de morir a nosotros mismos. En la medida en que seamos capaces de morir a lo antiguo, empezaremos a vivir lo nuevo; y lo nuevo es la vida de Cristo.

Es la consecuencia de nuestro bautismo en la muerte de Jesús. Hay que morir al pasado y nacer de nuevo, dejándonos conducir por el Espíritu de Dios.

ENCUENTRO CON LOS DE EMAÚS

(Lc. 24, 13-35)

¿Eres consciente de que el Señor camina junto a ti?

Se trata de dos discípulos cuyas esperanzas se han venido abajo. Están desilusionados ante lo que le ha sucedido al Maestro. Mientras Él estaba vivo con ellos, mantenían la esperanza en su futuro. Pero Jesús había muerto. Todas las ilusiones puestas en él se habían frustrado. Tenían la sensación de haber perdido el tiempo, de ser unos fracasados, de que no había valido la pena haberle seguido.

No habían sabido esperar. Tenían su propio esquema de lo que iba a hacer Jesús y querían encasillarle en su manera de concebir la salvación de Israel. La muerte de Jesús rompe todos sus esquemas.

Mientras dos de sus discípulos emprenden el regreso a sus casas, se les presenta Jesús y no le reconocen. ¿Qué os pasa, que andáis tristes y cabizbajos? Se interesa por ellos; empiezan a caminar juntos y se abre el diálogo.

Inmediatamente exponen su frustración y Jesús va explicándoles las Escrituras; pero la Escritura se abre a quien tiene abierto el corazón y ellos lo tenían cerrado.

Y es que en el fondo, antes y ahora, nos cuesta asimilar el absurdo de la cruz; incomprensible humanamente hablando, pero sigue siendo la fuerza y la sabiduría de Dios; lo que pasa es que seguimos empeñados en que Dios actúe a nuestro modo.

Tratamos de buscar en Dios un reforzamiento de nuestros criterios y de nuestros puntos de vista. Tratamos de reafirmarnos en nosotros en vez de reafirmarnos en Jesús.

Esperaban un Mesías y una liberación de Israel a su manera. Y cuando viene el Mesías, no encaja en sus esquemas.

Es posible que también hayas puesto unas esperanzas en Jesús o en su Iglesia y te hayas desilusionado. Es posible que no hayas entendido, como ellos tampoco entendieron, el camino de la cruz. Es posible que no acabes de comprender la actuación de la Iglesia o de los hombres de Iglesia o la moral y la doctrina que

enseña. Es posible que camines con alguien también desilusionado como tú, abandonando el camino que un día emprendisteis con Jesús. Y es posible que Jesús se presente a tu lado caminando contigo, sin que te des cuenta de que caminas con Él.

Es necesario mirar la vida con los ojos de Jesús; es necesario que tus proyectos, tus ilusiones, tus intenciones se vayan adaptando a los suyos; es necesario desterrar nuestros personalismos; de lo contrario, no miramos con sus mismos ojos y no percibimos su presencia aunque camine junto a nosotros.

Recuerdo una frase de un pensador. Dice: Si tú estás en todas partes, ¿dónde estoy yo que no te veo? Y yo te digo: ¿dónde estás, joven, si no ves a Jesús que está junto a ti?

Valdría la pena que te preguntases qué estás buscando en la vida, qué es Jesús para ti, cómo encajas el sufrimiento, cuáles son tus proyectos, tus dificultades, tus desilusiones, qué pretendes ser y hacer en la vida... Es posible que también estés triste y que al acercarse Jesús a ti, te pregunte como a los de Emaús, ¿por qué estás triste?

Ellos le descubrieron al partir el pan. Quizá tú también le descubras al partir el pan de la Eucaristía y te comprometas a partir el pan de la caridad. Entonces lo irás comprendiendo todo, hasta la cruz.

ENCUENTRO CON SAULO DE TARSO

(Hch. 9, 1-22)

Quiere imponer su fe pero la gracia le derriba

Saulo es observante de la Ley. Persigue a los cristianos porque es un cumplidor intransigente de la Ley. Quiere destruir lo que no sintoniza con sus creencias.

Saulo vive la intransigencia, tantas veces repetida a través de la Historia, por la que queremos que se arranque la cizaña porque nosotros nos creemos trigo y del bueno.

Queremos la destrucción del mal y no comprendemos que lo nuestro es el fomento y el fortalecimiento del bien. No comprendemos que hay que sembrar en vez de arrancar.

Cuando es derribado del caballo, oye una voz que le pregunta, no por qué persigue a los cristianos, sino por qué persigue a Jesús. La pregunta misma es una revelación del misterio de la Iglesia. Y es que la Iglesia es Jesús.

No sé si también tú participarás de esta actitud de Saulo; no sé si estarás pretendiendo otra Iglesia que nazca desde la base y no desde el amor gratuito de Dios; no sé si estarás buscando líderes a tu medida que la encaucen prescindiendo del liderazgo de Jesús y sustituyéndolo por un liderazgo humano. No sé si comprendes que la Iglesia no es democrática, sino comunión; ni si eres consciente de que esta Iglesia, así como es, con todos sus defectos y con todo lo bueno que hay en ella, es la única porque es el único cuerpo de Jesús.

Perseguir a la Iglesia no es solamente perseguirla con saña como hacía Pablo; es adoptar ante ella una actitud de crítica destructiva; es no mirarla con cariño como se mira a la propia familia a pesar de los defectos que pueda tener. Es no ser capaces de ver más que defectos en quienes la rigen.

Nuestras críticas a la Iglesia van dirigidas a desterrar el mal. Pero, ¿por qué no tratamos de fomentar el bien y de fomentarlo donde podamos fomentarlo, que es en

nosotros mismos? ¿Cómo? Sencillamente viviendo lo que decimos que se debe vivir. Adoptamos la actitud de jueces de la Iglesia en vez de sentirnos pecadores en ella. Ciertamente hay defectos en la Iglesia; en los de arriba y en los de abajo. Normalmente, los mismos defectos que se critican.

Dice un proverbio chino que vale más encender una pequeña luz que maldecir la oscuridad. Y con frecuencia nos es más fácil criticar que encender nuestra pequeña luz. Sería más positivo encenderla. Construiríamos en vez de destruir.

Ciertamente es duro dar coces contra el aguijón. Es lo que le dijo el Señor a Saulo. Y es que la misma historia es testigo de que todos estos grupos perseguidores, de una o de otra manera, de la Iglesia, acaban frustrados, desilusionados; y sus líderes, normalmente solos. Y la Iglesia sigue a pesar de que está formada por pecadores. Y los primeros pecadores, tú y yo. No te enfades si te incluyo, pero es que pecadores lo somos todos.

¿Por qué no construir en vez de perseguir? Todos podemos desterrar de nosotros el Saulo que llevamos dentro y empezar a ser el Pablo que comenzó a ser

Saulo cuando se encontró con el Señor y le cambió el corazón con la fuerza de su gracia.

También a ti te puede cambiar el corazón con la fuerza de su gracia; la misma que convirtió a Saulo. Empieza a mirar a la Iglesia con el mismo cariño de Jesús. Si lo haces así te exigirás más y comprenderás más los defectos de la Iglesia.

ENCUENTRO CON LOS APÓSTOLES

Si hoy te dice: Sígueme ¿Dejarías todo por Él?

Realmente llama la atención el encuentro de Jesús con los primeros apóstoles que le siguieron. Es posible que el encuentro en que les dijo que se fuesen con Él no fuera el primero. Normalmente hay una preparación para el encuentro. En los planes de Dios había un proyecto sobre los apóstoles que el Espíritu iba desarrollando. Eran hombres que buscaban; y en su búsqueda se encuentran con Jesús.

De todos modos, algo que llama la atención es el hecho de que a la invitación de Jesús para que le sigan,

lo dejen todo y se vayan con Él. Empieza para ellos una vida que jamás habían podido imaginar.

A Juan y Andrés, a quienes podríamos llamar «los buscadores», les pregunta Jesús: ¿qué buscáis? Se interesan por dónde vive, lo acompañan y se quedan aquel día con Él (Jn. 1, 38-39).

En Mt. 4, 18-22 se nos narra el encuentro con los primeros discípulos; encuentro que se convierte en vocación. Ve a Pedro y Andrés y les dice: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres. Ellos dejaron al instante las redes y le siguieron». Vio a continuación a otros dos hermanos, Santiago y Juan... «y los llamó. Ellos, dejando luego la barca y a su padre, le siguieron». En Lc. 5, 8, se nos hace notar que «lo dejaron todo».

Más tarde, vio al pasar, a un hombre que cobraba los impuestos; le dijo: «sígueme»; y Mateo, «dejándolo todo, se levantó y lo siguió» (Lc. 5, 28).

Este encuentro de los apóstoles con Jesús fue, por una parte, totalmente imprevisible; y por otra, como uno de esos momentos cruciales que se dan en la vida

de todo hombre en que se juega todo su futuro a una carta. Como cuando alguien elige la profesión, o el negocio al que va a dedicarse durante toda su vida, o cuando elige a la persona con la que va a contraer matrimonio.

Los apóstoles se jugaron su futuro en el momento en que lo dejaron todo y siguieron a Jesús.

De no haberle seguido, de no haberse decidido a seguirle, se hubiesen quedado siendo unos sencillos pescadores de Galilea; le siguieron y se convirtieron en columnas de la Iglesia de Jesús. A través de ellos, se fue realizando la obra de Jesús de salvar a todos los hombres.

Toda vocación es imprevisible. Tenemos nuestros proyectos, pero Dios tiene los suyos. Llegamos un momento en que, normalmente después de una preparación, viene la imperiosa llamada del Señor: «sígueme». Y empieza una vida totalmente imprevisible poco tiempo antes.

¡Quién le iba a decir al autor de este libro, cuando de niño estudiaba Geografía y aprendía dónde estaba

situada la Estaca de Bares, que, al cabo de los años, había de estar aquí sirviendo a la Iglesia!

¡Y quién te va a decir a ti dónde vas a estar sirviendo a la Iglesia, de una o de otra manera, dentro de unos cuantos años!

Es imprevisible nuestra vocación y nuestro futuro. Todo puede cambiar desde el momento en que te encuentras con el Señor y te dice, en imperativo: «Sígueme».

Que tu respuesta sea decidida, como la de los apóstoles.

TU ENCUENTRO CON JESÚS

Sea cual sea tu situación, no rehúyas el encuentro

También Jesús ha salido a tu encuentro. Seguramente ha habido etapas en tu vida en que te encontrabas en una situación de búsqueda; quizá con un cierto aire persecutorio como Saulo de Tarso, con críticas negativas contra la Iglesia, y también te ha derribado del caballo.

Quizá te has encontrado un poco desilusionado como los de Emaús y vas caminando con Él, pero sin darte cuenta de que es Él.

Quizá has tenido o tienes curiosidad de conocerle un poco como Zaqueo, y te ha manifestado o te manifiesta su deseo de estar charlando contigo en intimidad y en plan de confianza.

Quizá has estado un poco con aire preguntón como la samaritana. Y le has puesto a Él o a quien sea, las «pegas» que normalmente se ponen en materia religiosa; pero no te has atrevido a plantearle «tu pega», es decir, aquello que de verdad te inquietaba. Y ha sido Él quien te la ha formulado.

Quizá has estado en plan de búsqueda como los apóstoles, que esperaban la venida del Reino de Dios y estuvieron abiertos al Mesías Jesús.

Si haces un poco de historia de tu fe, verás encuentros muy conscientes con Jesús, en la niñez o en la adolescencia; y recordarás tu primera comunión y tus misas y oraciones y tus catequesis...: había una amistad infantil; la amistad y la confianza que brota entre corazones de niños; siempre muy limpia y muy generosa.

Quizá al ir pasando los años ha ido enfriándose esa amistad porque veías a Jesús muy vinculado con su Iglesia y la Iglesia no te gustaba tanto como Jesús; pero es su cuerpo y en él está Jesús como tú estás en el tuyo.

Es posible que haya habido un poco de dejadez en tu formación religiosa y, al ir progresando en cultura, pero no en religiosidad, hayas considerado que tu fe cristiana era cosa de niños; aunque lo que te pasaba si es éste tu caso, es que tu formación cristiana no había crecido al ritmo de tu formación cultural; no es cosa de niños, no, nuestra fe.

Lo cierto es que si de alguna manera te has apartado de Él, Él te ha seguido buscando; y si no te has apartado, le habrás visto siempre junto a ti con la fidelidad limpia y exigente del amigo. La amistad es algo tan connatural a Jesús que nunca abandona y nunca se da por vencido; aunque haya de perdonar y de olvidar desdenes, infidelidades, ofensas... nunca abandona, nunca arroja la toalla.

Ten en cuenta que Cristo jamás defrauda a quienes se fían de Él y le aceptan como amigo. No es de los que

dejan a los amigos en la estacada. Jesús es siempre el amigo fiel. No le defraudes tú tampoco cuando te encuentres con Él. No se lo merece. Te busca sin ningún interés. Te quiere porque sí; porque te quiere; y no hay más.

Es posible que también a ti te diga, como les dijo un día a los apóstoles: SÍGUEME. Es posible que no te sientas con fuerzas para seguirle de verdad, como Él quiere. Aunque te cueste, no lo dudes. No temas adentrarte por tu propio camino, que es el que Jesús te va marcando.

TE ESTÁ DICIENDO AHORA JESÚS...

Lee el Evangelio escuchando al amigo

Suelo decir a los jóvenes que, cuando lean el Evangelio, lo lean no como se lee cualquier libro de historia, sino como se lee una carta de la persona más querida.

Cristo ha resucitado. Es un ser vivo que, al resucitar, ha roto las barreras del espacio y del tiempo. Por

eso está presente en cualquier época de la Historia y en cualquier lugar del mundo.

Quienes creemos en Él y le dedicamos nuestra vida, no lo hacemos por admiración o simpatía por lo que hizo o por lo que dijo, ni por su valía humana, ni por su integridad moral; a Cristo le dedicamos nuestra vida porque, ante todo, es nuestro amigo, el Hijo de Dios; así como suena, Dios amigo presente y actual, amigo a quien amamos y por quien somos amados, amigo que nos habla y a quien hablamos.

Por tanto, cuando lees en el Evangelio: «En aquel tiempo dijo Jesús...» debes leer: «En este momento me está diciendo Jesús...». Hay que escuchar, porque el Evangelio es la Palabra viva y actual de Jesús.

Y así, al encontrarte, por ejemplo, con el pasaje del joven que se acerca a Jesús, piensa que te está diciendo a ti, personalmente, lo que le dijo a aquel joven: «una cosa te falta». Piensa de qué cosa se trata: podrá ser dejar un pecado o una frivolidad o una diversión o una amistad; o tomarte más en serio la oración o el cumplimiento de tus deberes, o trabajar apostólicamente mejor; o tomarte muy en serio tu consagración...

Y cuando lees: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» te está diciendo a ti, muy personalmente, no a la gente en general, que has de adentrarte por el camino que conduce al Padre, que conduce a la vida; que debes dejar de caminar por caminos de muerte o de indiferencia o de irresponsabilidad; te está diciendo que entres a fondo en el conocimiento y en la vivencia de la verdad que es Él mismo; te está diciendo que no busques la vida donde está la muerte, que es donde quizá la estás buscando.

Y cuando lees: «el que me sigue no anda en tinieblas», te está diciendo: todos esos líos que tienes en tu cabeza no los vas a aclarar mientras no te decidas a seguirme. Tus grandes problemas son problemas de vida, no de puras razones.

Y cuando lees: «he venido a traer fuego a la tierra y ¿qué he de querer sino que arda?», te está diciendo: si realmente quieres vivir tu amistad conmigo, ¿por qué no colaboras, pero de verdad, en mi gran ilusión de salvar al mundo, de que los hombres amen al Padre, de que lo conozcan; de que los hombres se quieran como hermanos? ¿No me puedes ayudar un poco más en esta tarea?

Y cuando lees: «semejante es el Reino de los cielos a un tesoro escondido y quien lo encuentra va corriendo de alegría a vender todas sus cosas para comprar aquel campo», te está diciendo: ¿por qué no te desprendes de todo lo que te impide la verdadera riqueza que es nuestra amistad? Indudablemente, te está clarificando en tu interior cuáles son tus «pequeñas riquezas» que te están impidiendo ser rico de verdad.

Ve leyendo así el Evangelio; Cristo te sigue hablando.

SENCILLEZ Y AUTOSUFICIENCIA

No te creas nunca mejor que los demás

Los soberbios y los autosuficientes no han logrado tener un encuentro salvífico y amistoso con Jesús. Hay como un rechazo visceral; es lógico. Jesús viene ofreciendo una salvación que ellos no admiten porque no sienten necesidad de ella. Están pagados de sí mismos. Tienen bastante y no buscan; están llenos de sí y creen que no les falta nada.

Si uno se cree sano, al encontrarse con un médico no le hace caso. Quien se siente enfermo busca al médico y se deja orientar por él.

El pobre, el humilde, el que siente deseos de algo nuevo, de algo mejor, el que no es conformista ni consigo ni con los demás, busca y pide y llama... hasta que encuentra.

De ahí la insistencia del Señor en que nos hiciésemos como niños. El niño se siente pequeño y necesitado de la ayuda de su padre; no en teoría sino viviéndolo; y, como se siente querido por su padre, confía en él.

Hay que sentirse pequeño, pobre y pecador para que sea eficaz nuestro encuentro con Cristo.

Y a veces, no nos sentimos ni pequeños ni pobres ni pecadores, bien porque estamos en una actitud de autosuficiencia, bien por no complicarnos la vida buscando otras maneras más exigentes y comprometidas de vivir, sobre todo si nuestro nivel de vida es bastante alto; por eso es posible que ni siquiera se nos haya ocurrido plantearnos un proyecto de futuro serio dentro de una escala de valores en que Dios ocupe el primer lugar.

Mientras no nos sentimos pecadores, que es lo que somos, no podemos abrirnos al perdón de Dios que se nos otorga en Cristo; de la misma manera que mientras uno no se reconozca enfermo, no se abre al médico para obtener la curación; se cree sano.

Es lo que le pasaba al fariseo de la parábola que se cree justo y, aparte de no pedirle perdón al Señor, desprecia al publicano que sí lo pide porque se reconoce pecador sin atreverse siquiera a levantar los ojos (Lc. 18, 9-14). Pero si él no se atreve a levantar los ojos a Dios, Dios baja sus ojos hacia él y le mira con agrado. Jesús ha venido a buscar, no a los justos, sino a los pecadores.

Y no es que hayamos de hacer mucho esfuerzo para sentirnos pecadores. Es posible que tengas en menos a algunos hermanos de conducta no muy limpia. Pero piensa que si hubiesen recibido la educación que tú has recibido y hubiesen tenido los padres y amigos y ambiente que tú has tenido, es posible que te diesen cincuenta vueltas.

Piensa también que si tú hubieses vivido en los ambientes en que ellos han vivido y hubieses pasado por

las necesidades de todo tipo por las que ellos han pasado, quizá serías mucho peor de lo que consideras que son ellos.

Te invito a que leas y te apliques el pasaje de Apoc. 3,15-21: «Ni eres frío ni caliente... dices soy rico, de nada tengo necesidad... Mira que estoy a la puerta y llamo... si alguien me abre, cenaré con él y él conmigo». ¿No estarás teniendo necesidad de Cristo?

Vale la pena tomarte en serio su amistad. Está llamando a tu puerta.

PARTE TERCERA: BUSCANDO TU CAMINO

¿QUÉ BUSCAS EN JESÚS?

Busca en Jesús lo que quiere darte: Ser como Él

Para buscar un camino, hay que saber a dónde se quiere ir. Quizá en nuestra sociedad hay una fuerte actitud de búsqueda de caminos sin tener claro a qué meta quiere llegar.

Antes de iniciar tu búsqueda, has de preguntarte hacia dónde quieres caminar, qué quieres ser en la vida, cuál es tu proyecto de futuro, qué supone Jesús para ti; debes preguntarte si te limitas a realizar una serie de cosas o si quieres SER de determinada manera. Desde ese tipo de planteamiento podrás encontrar a Jesús. Porque no olvides que Jesús es la respuesta del Padre a la realidad del hombre en pecado y necesitado de salvación.

En cualquier tipo de encuentro con Jesús lo primero que has de preguntarte es si le buscas como el amigo busca al amigo, o si te buscas a ti.

¿Recuerdas el pasaje de la madre de Santiago y Juan que se acerca a Jesús pidiéndole los primeros puestos para sus hijos? ¿Y recuerdas que los demás apóstoles se enfadaron contra los dos hermanos cuando oyeron esta petición? (Mt. 20, 20-28). A Jesús hay que acercarse como amigo, no para «sacarle» algo.

También hay que acercarse a Jesús cuando uno se siente agobiado, cuando experimenta el peso de la injusticia o del pecado, o cuando está desilusionado, o cuando no encuentra sentido a tantas cosas, o cuando se amontonan los problemas. Si vas buscando luz, verdad, justicia, caridad... y te acercas a Jesús, es cuando aparece la persona de Jesús con una fuerza y con una simpatía especiales. Ha venido para eso.

Desde el momento en que Jesús aparece en tu vida, aparte de que estés buscando algo en Él, debes preguntarte: ¿qué busca Él y qué espera de mí?, ¿qué me pide?, ¿qué me ofrece? Quizá algo que no te arriesgas a aceptar.

Cuando uno acepta la amistad con Jesús, ha de romper con cantidad de cosas incompatibles con dicha

amistad. Al acercarse a Jesús hay que empezar a vivir de nuevo; ha empezado una vida nueva que ni siquiera nos podemos imaginar; nada menos que la amistad con un Dios hecho hombre; nosotros sólo podríamos imaginar una amistad dentro de los moldes puramente humanos.

Lógicamente hay que dar a nuestra vida un giro de 180° desde nuestra situación de comodidad y de autosuficiencia. Con Jesús empieza un nuevo mundo y una nueva vida; es lo que no acabamos de entender; nos gustan más los parches que la renovación interior. Y es un hombre nuevo y un mundo nuevo lo que se está gestando desde la fe en Jesús.

Nos gusta más concebir nuestra fe como una serie de verdades y de preceptos; así, aceptando las verdades y cumpliendo con los preceptos, ya podemos seguir yendo a lo «nuestro» y viviendo a nuestro aire. Pero hay que entrar a fondo en la densidad del ser nuevo que recibimos en el bautismo y no podemos limitarnos a un mero cumplimiento que roza la periferia del ser.

Escúchale; tómale en serio como se toma en serio a un amigo. Con la particularidad de que se trata de un

amigo que te quiere a imagen suya: el hombre totalmente perfecto, Hijo de Dios y hermano de todos los hombres.

PONTE EN CAMINO DE AMISTAD

Si vives su amistad, todo te hablará de Él

En otras palabras, entra en el círculo de los íntimos de Jesús. Deja de pensar en lo que vas a ser el día de mañana. La intimidad no está reservada a un estado determinado de vida. Es el ofrecimiento que Jesús hace a todos los que creen en Él y que están dispuestos a seguirle de verdad. No sé cuál va a ser el puesto que ocupes el día de mañana en la Iglesia; tanto si tu puesto está en el sacerdocio o en el matrimonio o en la vida consagrada, a lo que no puedes renunciar nunca, es a la amistad y a la intimidad con Jesús.

¿Cómo iniciar este camino de amistad? Como se inicia cualquier amistad y cualquier intimidad: estando juntos; así, como suena, sin más.

Esto es la oración. ¿Te parece un cuarto de hora de oración todos los días leyendo un pasaje del Evangelio

o cualquier otro libro que te pueda ayudar a charlar con Jesús?, o ¿estando ese cuarto de hora de tú a tú hablándole de lo que se te ocurra o escuchando lo que te diga?

Porque te dice cosas; te las dice con todo cariño y con toda suavidad; y no se calla, no, lo que tiene que decirte. Lo que pasa, es que, a veces, no te interesa lo que te dice y haces como si no oyeras; pero Él te lo repite una y otra vez; sin hacerse pesado. Te lo dice porque te quiere con locura.

Es posible que, sobre todo al principio, te cueste. Pero a nadie que va a iniciar una amistad en serio, se le ocurre preguntarse si le va a costar mucho o poco. Si uno es calculador en cuestiones de amistad con el Señor, que renuncie a emprender una obra que valga la pena. Con el Señor hay que saltar sin paracaídas.

Si decides ponerte en camino, verás que insensiblemente, vas cambiando y vas empezando a actuar gratuitamente por Él. Irás viendo la vida de otra manera; irás considerando a los hombres como hermanos; notarás que les vas queriendo más. Sobre todo, irás viviendo aquel pasaje evangélico en que Jesús nos dice que

lo que hiciésemos a cualquiera se lo hacemos a Él, y te irás acostumbrando a ver en cualquiera una imagen o, mejor, una presencia de Jesús.

Empezarás a descubrirle en todas partes; tendrás gestos de amistad con Él que está en los otros. A veces nos limitamos a tener gestos de amistad con el otro: Pero hemos de entrar muy a fondo en la realidad del otro pues en cualquiera de ellos está Jesús. Es apasionante dar a cualquiera la categoría de Jesús, el Hijo de Dios. De ahí que cantidad de creyentes en Jesús se dediquen a atender gratuitamente a los pobres y marginados. Saben ver en ellos el rostro de Jesús. No se puede dignificar más al hombre.

Así como cuando uno entra en la casa donde vivieron sus padres todo le habla de ellos, cuando uno entra en la casa de Dios que es el mundo, todo le habla de Él; de manera especial, cuando entra en contacto con el hombre ya que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios.

Al mismo tiempo que te acostumbres a descubrirle en todas partes, te acostumbrarás también a escuchar-

le en cualquier situación: Te acostumbrarás a caminar con Él por la vida, asumiendo juntos los mismos proyectos y trabajando juntos por la salvación de todos los hombres. Te irás acostumbrando a estar pendiente de Él.

ORACIÓN, DIÁLOGO DE AMISTAD

El amigo está a gusto “charlando” con el amigo

Ni la oración ni nada en la vida cristiana, puede entenderse como una serie de deberes y de obligaciones; una vez que los hayamos cumplido, nos desentendemos de ellos y a seguir viviendo a nuestro aire. El amor no es eso y nuestra fe se centra en el amor.

No entiendas la oración como unos ratitos dedicados a «cumplir» con el amigo Jesús. No lo entiendes así cuando se trata de estar con tus amigos. Con Jesús tampoco se trata de cumplir sino de estar con Él como se está con el mejor amigo.

La oración es la consecuencia de «estar pendiente» de Jesús. Cuando quieres de verdad a alguien y estás pendiente de esa persona, no sólo la recuerdas y pien-

sas en ella con gusto, sino que encuentras tiempo para convivir, para trataros, para dialogar, para compartir vuestras preocupaciones y vuestras ilusiones y vuestros intereses.

En nuestra amistad con Jesús se da la particularidad de que no nos limitamos a tener un recuerdo de Él, sino que está siempre presente, está a nuestro lado, está pendiente de nosotros, no puede vivir sin nosotros.

Si eres fiel a esa amistad, estarás también pendiente de Él, le hablarás, le escucharás, pensarás en Él con frecuencia, tratarás de darle gusto en toda tu vida.

Le dedicarás algún rato en exclusiva como se lo dedican los amigos, tratarás de ser como Él, como también los amigos tratan de imitarse, te interesarás por sus cosas, trabajarás por Él, te sacrificarás por Él, te irás olvidando más de ti...

En ese clima ha de desarrollarse tu oración. Por eso decimos que la oración es también conversión, no un pasatiempo o un mero cumplir con el amigo Jesús.

Es conversión porque Jesús nos invita a ser como Él; y la conversión consiste precisamente en caminar

hacia esa meta. ¿Has notado que cuando te has tomado en serio la oración, Él ha apuntado inmediatamente donde más te duele? Es lógico. Si vas al médico y tienes catorce enfermedades, él apuntará inmediatamente a la más grave. Y lo más grave en nuestra vida cristiana es lo que más nos impide ser como Dios quiere que seamos, es decir, lo que más nos esclaviza y, por tanto, aquello de lo que más nos cuesta desprendernos y de lo que debemos desprendernos en primer lugar.

Y aquí es donde entra en juego nuestro amigo Jesús quien, como amigo, nos invita a liberarnos de todo aquello que nos impide ser libres, para imitarle y ser como Él. Nos quiere tanto, que desea que nos parezcamos a Él lo más posible.

Escúchale y escúchale en serio; tiene muchas cosas que decirte. Ábrele el corazón y háblale tú también, que a Él le gusta escucharte.

Los cristianos deberíamos estar en constante oración con Jesús, con Jesús salvador, amigo, cercano; con Jesús que me acoge, me comprende, me ayuda, me anima... Nuestra vida debiera ser una acción de gracias

continua, conscientes de ser amados entrañablemente por Él. Pregúntale con frecuencia por qué te ha amado y te está amando tan entrañablemente: pregúntaselo muchas veces; irás entrando en el misterio del amor.

Y con Jesús, hay que entrar en relación con el Padre con quien Jesús estaba en constante oración. El Padre le tiraba; estar con Él era lo suyo. Una buena oración tuya podría ser repetir una y mil veces, en silencio: Padre, Padre, Padre... Entrarías en comunión con el Padre y en contemplación de su amor hacia nosotros. Pruébalo.

PARTE CUARTA

INCONDICIONALES PARA EL EVANGELIO

LA VIRGEN, MODELO DE DEDICACIÓN

Ante su vocación le dijo al Señor: ¡Adelante!

La Virgen es para nosotros, modelo perfecto en todo. Nos dice el Concilio que en ella la Iglesia ha alcanzado «ya» su perfección. Es decir, que la Iglesia no puede dar ya más de sí de lo que ha dado en la Virgen.

Es lógico que brille también como modelo de actitudes como estar pendiente de Dios para agradarle, de atención al escucharle, de confianza al expresarse ante Él, de fidelidad al seguirle e imitarle, de perfección al contemplarle.

¿Te acuerdas de lo que dice el Evangelio, que conservaba el recuerdo de todo lo que le sucedía, meditándolo en su corazón? (Lc. 2, 19). Es la perfecta contemplativa. Y, como tal, sabe cómo es el Señor para imitarle, qué es lo que le gusta. Si no somos

contemplativos, ¿cómo podemos saber que nuestra imitación del Señor es auténtica?

Y como está tan pendiente de Dios y de hacer lo que ve que le agrada, no duda cuando se le presenta el designio de Dios sobre ella. Al decirle el Ángel que ha sido elegida para ser madre de Dios, la respuesta inmediata de María fue: ¡Adelante! Y empezó su maternidad divina.

Cuando Jesús en la cruz nos la dio como madre, ella sin decir nada, empezó su maternidad espiritual sobre nosotros. Aceptó en silencio continuar en nosotros su maternidad sobre Jesús. Acepta en silencio porque ya no se pertenece, ya se ha dado al Señor, ya no dispone de sí. Y como es del Señor, Él la puede dar a quien quiera y nos la dio a nosotros. Y nos la da sin consultarlo con ella. ¡Qué maravillosa la actitud de la Virgen aceptando en silencio su maternidad sobre nosotros!.

Son dos vocaciones que ella unió maravillosamente en su vida, la maternidad sobre el Hijo de Dios y la maternidad sobre todos los hombres. Ella contempla a Cristo y guarda sus palabras; a nosotros nos acompaña

en nuestro caminar hacia Dios; y así aparece acompañando a los apóstoles en el cenáculo el día de Pentecostés. Es la última vez que se habla de la Virgen en la Escritura: acompañando a la Iglesia.

Hay que volver nuestros ojos a María para percibir la decisión y la fuerza con que supo decirle SÍ al Señor. No acababa de vislumbrar por dónde iban a ir los caminos de futuro. Pero no se arredró; se puso confiadamente en manos del Señor y el Señor realizó en ella su obra.

También sobre ti y sobre cada uno de los hombres tiene el Señor un designio concreto. Llevas sembrada en tu alma, la semilla de tu propia vocación. No sé cuál es, pero descúbrela; de lo contrario te expones a perder el tiempo intentando desarrollar una semilla que no está sembrada en ti. Perderías ilusión, esfuerzo, alegría... para acabar en una frustración.

Ella unió oración y vida, contemplación y acción. Únelas tú también. A medida que el Señor te vaya descubriendo tu misión en la vida y lo que va queriendo de ti, has de atreverte a decirle al Señor, como María:

¡ADELANTE! Y no temas, porque estás en buenas manos. Seguirás a la Madre en tu caminar por la vida.

Levanta tus ojos a ella y notarás inmediatamente dentro de ti, la suavidad de su mirada de madre. ¿No notas algo especial cuando te diriges a ella, cuando la contemplas, cuando le dices cosas bonitas, o cuando le pides ayuda? ¿No notas su cariño de madre volcado sobre ti? ¿No es verdad que sientes una inclinación a imitarla? Nuestra robustez de fe requiere también la ternura de María; nuestra fe no es una fe seca sino tierna.

CONSAGRACIÓN Y MATRIMONIO

Distintos caminos hacia la misma meta

Por haber sido constituido Cristo centro de toda la creación según el designio del Padre, cualquier proyecto de vida cristiana debe necesariamente hacer referencia a Jesús; todo debe estar vinculado a Él porque sólo en Él tienen sentido las cosas.

Y así el matrimonio, la profesión, las relaciones laborales, la cultura, todo, ha de reflejar las actitudes de

Cristo: servicio a los hombres con fidelidad y obediencia al Padre. Todo como consecuencia del amor.

Cuando uno entra en la edad en que debe decidir sobre su futuro, a la hora de la opción, se encuentra como ante una encrucijada: el camino de la vida matrimonial y el de la consagración al Señor. A veces cuesta decidirse; o porque uno no ve con claridad cuál es su camino, o porque no se atreve a afrontar las dificultades que prevé en el que le parece que es el suyo y al que se siente llamado por el Señor.

En cualquier camino se exige, si se quiere ser fiel a Cristo, entregar la propia vida; o a unas personas concretas, como en el caso del matrimonio, u ofreciéndola a cualquiera que necesite de ella, que es lo que hizo Cristo.

En el matrimonio, los dos cónyuges se dan y se reciben el uno al otro para unificar sus vidas con la de Cristo; se entregan el uno al otro como Cristo se entregó a su Iglesia, y se aman el uno al otro como Cristo ama a su Iglesia. Han de unificar criterios, ideales, proyectos, actitudes...; ambas vidas han de llegar a ser una, pero

en unidad con Cristo. Es un proyecto de vida cristiana y es un camino de santidad. Es tu camino si el Señor quiere que te realices en él.

El otro camino con el que te encuentras en la encrucijada de tu vida, es el que recorrió personalmente Jesús cumpliendo con la misión que el Padre le había confiado de salvar a todos los hombres. Como su misión es salvar a TODOS, se entrega por igual a TODOS. No hay ninguna vinculación especial con nadie.

Es lo que llamamos consagración; se trata sencillamente de hacer unidad de vida con Cristo sin que medie otra persona como en el caso del matrimonio; sin olvidar que lo importante en ambos es la unión con Cristo, sin la que ninguno de los dos caminos tendría sentido.

Uno puede ser llamado a hacer suyo este mismo proyecto de Cristo, entregando su vida a cualquiera que necesite de ella, sin vincularse a nadie en concreto; esta entrega significa que si ha de haber algún preferido, debe ser el más necesitado.

Para que este proyecto pueda ser una realidad, hay que desvincularse de todo lo que pueda suponer una

atadura o una relación preferencial como la hay entre los esposos o como la hay en los padres respecto de los hijos. No porque esas vinculaciones sean defectuosas, sino porque hay que estar completamente «libres para...». Libres de familia, de bienes, de intereses económicos... y todo ello, para realizar con Cristo su mismo proyecto de salvación de todos los hombres.

Si queremos vivir la fidelidad a Cristo en cualquiera de estos dos proyectos, hemos de recorrer nuestro camino con el único estilo válido para un cristiano, que es el estilo de la cruz; decir cruz, equivale a decir austeridad, entrega, disponibilidad, servicio, acogida, comprensión, perdón...

LA VIRGINIDAD

No es renuncia sino plena disponibilidad

Por la consagración se siente uno vinculado solamente a Cristo. Unifica su vida con la suya, sin otras mediaciones. El consagrado no es pertenencia de nadie más que de Cristo. Hace suyo el mismo proyecto de Cristo: dado y entregado a servir a todos. Por eso estará donde haga falta. Entrega incondicionalmente su

vida para servir a la Iglesia, asumiendo como propio, el proyecto de vida de Jesús.

Por la consagración uno opta por seguir a Cristo de una manera radical, haciendo de su vida una prolongación de la vida de Cristo con todas las exigencias, tanto personales como de apertura a la universalidad de los hombres. Por tanto, renuncia a formar un hogar y una familia propia, para darse al Señor de una manera inmediata e incondicional.

Es maravilloso ir formando, ya en la tierra, la gran familia de los hijos de Dios. Formar la gran familia universal no es un sueño de poetas; es una realidad que ya se vive por la virginidad. La persona virgen vive la dimensión de paternidad y maternidad no al estilo humano, sino al estilo de Jesús y del modelo de virginidad que es María.

Por eso, el corazón de la persona consagrada está puesto en Cristo, sin otras vinculaciones ni mediaciones personales. El consagrado se preocupa sólomente de las cosas del Señor porque su proyecto es el mismo del Señor.

Los vírgenes, con su entrega y disponibilidad, al mismo tiempo que manifiestan la paternidad y maternidad de Dios, anticipan en la tierra la vivencia del cielo: una familia en la que se vivirá la fraternidad plena porque se vivirá plenamente la filiación: todos hijos de Dios y hermanos de Cristo, comunicándonos unos a otros el mismo amor del Padre.

Hay quien entiende la virginidad como renuncia al matrimonio. No es eso. La vocación no es renuncia sino elección. Tampoco hay que pensar que la virginidad es para quienes no sienten inclinación al matrimonio ni para quienes no tiene atractivo la vida familiar.

Claro que cuando uno elige una cosa, renuncia a todo lo que es incompatible con lo que ha elegido. Cuando se contrae matrimonio con una persona concreta, se renuncia a contraerlo con todas las demás; y a nadie se le ocurre decir que el matrimonio es una renuncia. Las renunciaciones están en función de adquirir una plena disponibilidad para unir la propia vida a la de Cristo viviendo su mismo estilo de vida. Esta dedicación es la misma para el sacerdocio que para la vida consagrada contemplativa, activa o secular.

Piensa si tu vocación apunta a la consagración. Puede ser el sacerdocio o la vida religiosa, contemplativa o activa, o puede ser la consagración en un Instituto Secular viviéndola en tu propia casa y ejerciendo cualquier profesión.

Si va por ahí tu proyecto de futuro, y puede que vaya por ahí, has de tener la misma dedicación y la misma apertura a la universalidad que tuvo Cristo. ¿No es esto apasionante?

Ten en cuenta que no se trata de gustos sino de responsabilidades. Esto debes clarificarlo de cara al Señor. Cristo siempre habrá de ser tu centro. Pero habrás de descubrir en qué puesto te quiere. Sin miedo de descubrir que tu vocación es la consagración; lo que está en juego es nada menos, que la realización de tu propio futuro según el diseño de Dios sobre ti.

EL RIESGO DE SEGUIR A CRISTO

Cristo te exige pero se exigió más por ti

Nos asusta el riesgo. Y seguir a Cristo siempre lo es.

A veces tenemos la idea de que hay dos maneras

de seguir a Cristo, la difícil, o sea la de quienes hemos consagrado nuestra vida en la virginidad y la fácil, que es la que viven los casados. Y no hay tal. Tanto el matrimonio como la vida consagrada llevan consigo cantidad de dificultades si se quieren vivir según el espíritu del Evangelio.

A todos nos cuesta mantenernos castos, tanto en el matrimonio como fuera; a todos nos cuesta ser honrados y no aprovecharnos de los demás; a todos nos cuesta presentarnos como cristianos dando la cara por Cristo cuando esto no está bien visto; a todos nos cuesta cumplir con el trabajo; a todos nos cuesta compartir con los demás nuestros bienes, nuestras cualidades, nuestro tiempo. Y así podríamos seguir hablando de muchas otras cosas.

A veces queremos seguir a Cristo pero sin complicarnos demasiado la vida. Le queremos seguir un poco de lejos, como los apóstoles cuando la pasión (y acabaron abandonándole). Normalmente tenemos la tendencia a cumplir con una serie de preceptos y, una vez cumplidos, nos desentendemos de Cristo y a vivir nuestra vida a nuestro aire. Y esto no cabe en una vida

cristiana medianamente seria, ni matrimonial ni consagrada.

Sencillamente, no acabamos de considerar a Cristo como nuestro gran amigo; más bien lo consideramos como un amigo como los otros. Y tenemos nuestras reservas a la hora de seguirle. Le seguimos, pero...

Sin embargo, Él es muy exigente; y es lógica esta exigencia en quien lo ha dado todo hasta su propia vida; no se puede jugar con quien ha ido tan lejos en su entrega por nosotros.

Realmente lo que muchas veces hacemos es jugar a ser amigos suyos; no lo hacemos de mala fe, pero lo hacemos. Y nos reservamos alguna cosa que no nos decidimos a poner en sus manos porque no nos atrevemos a privarnos de ellas y tenemos miedo a quedarnos en el aire si renunciemos a nuestras propias seguridades.

Nos da miedo hacer lo que hizo aquella pobre viuda del Evangelio que puso en la hucha del templo todo lo que tenía; y lo que tenía eran dos reales, pero eran toda su fortuna. Dos reales o muchos millones son muy poca cosa para el Señor. Lo que Él quiere es que no nos

reservemos nada, que se lo demos todo, hasta nuestra propia vida.

Él no quiere tus cosas; no le hacen ninguna falta. Te quiere a ti, no un poquito de tu tiempo. Te quiere a ti, no unos pequeños sacrificios. Te quiere a ti, no un trocito de tu vida.

¿Te acuerdas de aquel joven que se acercó a Jesús, y que había observado la Ley desde pequeño, y que no se atrevió a dar un paso al frente cuando Jesús le invitó a vender todos sus bienes y a dárselos a los pobres y a que le siguiese? Dice el Evangelio que se marchó triste porque era muy rico (Mt. 19,16 y sig).

No des un paso atrás cuando Jesús te invite a la generosidad con Él. No te reserves nada para ti. Te marcharías triste de su lado como aquel joven. Y no olvides, como dice Jesús al final del pasaje, que «para Dios todo es posible». Dios puede hacer realidad lo que ves muy difícil e, incluso, imposible: seguirle radicalmente en una vida evangélica. Pero no lo intentes con tus propias fuerzas, que no podrás; confía en el Señor y arriésgate con Él hasta donde sea. Él te dará muchas

más fuerzas de las que creas necesitar. Es apasionante esta amistad con Él.

EL JOVEN RICO (Mt.19,16-22)

Te mira con simpatía. Quizá te dice: Si quieres...

Es un joven bueno que «cumple» con la Ley y se acerca a Jesús para preguntarle qué es lo que ha de hacer para conseguir la vida eterna. No es como Zaqueo que sólo quería verle.

Jesús, que «nunca se conforma con mínimos», después de decirle que guarde los mandamientos y de escuchar su respuesta de que los ha guardado siempre, le dice: sólo una cosa te falta: vende cuanto tienes, dalo a los pobres, y ven y sígueme.

Aquel joven se encontraba en el momento más decisivo de su vida, seguir de cerca a Jesús o seguir viviendo como hasta entonces. Dice el Evangelio que se fue triste porque tenía muchos bienes (Mt., 19, 16-22). Sencillamente, no se atrevió. Y ya no hemos sabido nada más de él.

Yo te invitaría a que no mirases esta escena desde la lejanía de los siglos, sino desde la inmediatez de la presencia de Cristo junto a ti.

¿Sabes cómo era ese joven? Quizá como tú. Era un joven que «cumplía», que practicaba sus deberes religiosos, un joven que guardaba los mandamientos. Era un joven bueno y, además, rico. Nos dice el Evangelio que Jesús le miró con simpatía. Quería ser mejor y le pregunta a Jesús qué más podía hacer. ¿Cómo tú?

Por eso te digo que es posible que fuese un joven como tú. Pero fue un joven que se asustó de lo que le pedía Jesús; no se atrevía a tanto; quería dar un pasito cuando Jesús le estaba diciendo que diese un salto en el vacío. Y eso es lo que le asustó: No se atrevió a abandonarse totalmente en las manos de Dios; y se echó atrás. Era muy rico.

Piensa que es posible que Cristo te invite a seguirle más de cerca. ¿Dónde?, ¿cómo?, ¿en qué estado de vida? No sé.

También es posible que le puedas responder como aquel joven: desde mi niñez estoy cumpliendo. Pero

es posible que Jesús te diga, también como le dijo a aquel joven: Una cosa te falta: Déjalo todo y sígueme. Estarías ante una de las decisiones más trascendentales de tu vida.

No sé cuáles son tus riquezas ni cuáles son tus miedos. Puede que tus riquezas estén más en lo que esperas que en lo que tienes: esperas un porvenir brillante, cómodo; esperas formar un hogar y una familia propios en que todo te salga a pedir de boca; quizá tienes miedo a volverte atrás si te decides ahora por una respuesta generosa al Señor; quizá estás viviendo con relativa comodidad; en fin, no sé.

Si percibes esta invitación de Jesús a seguirle con radicalidad, no te echas atrás. Por mucho que te cueste, son muchas más las satisfacciones que da el seguir de cerca a Cristo, que las privaciones que ello pueda suponer. Sucede como en el matrimonio: son muchas las privaciones que tienen los esposos, como esposos y como padres, pero son más las satisfacciones que se dan entre sí y las que reciben de los hijos.

Si Jesús te invita a seguirle, no te marches triste de su lado; no le vuelvas la espalda a quien ha hecho tanto

por ti. Jesús te mira con simpatía, como nos dice S. Marcos que miró a aquel joven. Tu amigo Jesús es el Dios omnipotente. Piénsalo.

Recuerdo el caso de un joven que estaba en el seminario; le constaba decirle que sí al Señor porque tenía que cortar con una vida que le sonreía; se puso gravemente enfermo; el médico dijo que no podría seguir estudiando y el chaval se alegró porque se sentía liberado de tener que seguir a Jesús por el camino del sacerdocio. Había una causa seria que le impedía ser sacerdote. Pero se curó, no se atrevió a decirle que no al Señor, y hoy lo tienes de obispo por ahí. ¿Adivinas quién es?

SER LIBRES

Para darte no puedes tener otros señores

En Santiago, animaba el Papa a los jóvenes a conseguir el señorío de servir; y añadía que quien sirve según el espíritu del Evangelio, es libre con la libertad de los hijos de Dios.

A veces tenemos una idea de la libertad que no es tal, sino una nueva esclavitud. A veces nos creemos libres y no lo somos; libre se cree el drogadicto, el alcohólico, el vago, el libertino, el vanidoso, el egoísta, el superficial, el que tiene ansias de brillar, de sobresalir, de triunfar... Se creen libres cuando están optando por la esclavitud.

Podemos decir que la historia de la humanidad y tu propia historia es la historia de la falsificación de la libertad. Con el afán de libertad, nos creamos ídolos que esclavizan: dinero, poder, placer... Es Jesús quien nos salva desde el momento en que abandonamos el culto a nuestro ídolos y nos unimos a Él en la adoración al único Dios verdadero, Padre del Señor Jesús.

Os ha nacido un Salvador, dijo el ángel a los pastores cuando nació Jesús. Si todos los hombres éramos esclavos del pecado, la salvación no podía venirnos de ningún hombre pues todos estábamos en la misma situación. Y Dios constituyó a Jesús como salvador de todos los hombres. No hay otros salvadores.

A veces surgen falsos salvadores y van repitiéndose los fracasos y las frustraciones a través de la Historia.

Nadie puede pretender ser salvador de nadie. Lo que necesitamos todos es ser salvados; y al sentir sobre nosotros la salvación de Dios, debemos decirlo a los demás, de palabra y con nuestras obras.

La salvación consiste en romper dependencias y librarnos de esclavitudes: Consiste en romper cadenas. Y es Jesús quien las rompe. Y, al romperlas, nos convierte en hombres libres pues en esto consiste la libertad. Aunque para ser libres con la libertad de Jesús, es condición necesaria que no queramos seguir atados. Es decir, que queramos ser liberados por Jesús quien nos libera de condicionamientos de dentro y de fuera que nos impiden o dificultan ser como Dios quiere que seamos. Esta es la auténtica libertad cristiana, la libertad interior, la libertad por la que uno es SEÑOR de sí mismo; es la libertad por la que nada ni nadie pueda impedirte realizarte como debes. Es ésta la libertad de Jesús.

A Jesús nadie le impidió realizar perfectamente su misión. Superó todos los condicionamientos externos. Y porque no dependía de nada ni de nadie, sólo del Padre, ni se vendió ni se acobardó. Trataron de com-

prarle, de desacreditarle, de humillarle, de dejarle en ridículo... le persiguieron, le maltrataron, le crucificaron. Nunca se doblegó. Y porque fue libre, liberó.

No pienses entrar en el juego de la liberación de los hombres si no eres previamente libre. Puedes tener dificultades; puedes tener que sufrir de muchos modos. Pero ten en cuenta que aunque la libertad exija un alto precio, te da un señorío extraordinario sobre ti y sobre todas las cosas; te da el mismo señorío de Jesús.

Ten en cuenta también que esta libertad y este señorío, nadie te los puede quitar; sólo tú. Y te los quitarás si inicias de nuevo el camino de la esclavitud, es decir, si de nuevo consientes adorar a tus ídolos de los que Jesús ya te salvó. Actúa con responsabilidad y sé libre de verdad.

Cuanto más amplio sea el campo de tu servicio, mayor será tu señorío si lo que realmente intentas es parecerte a Cristo en el señorío de servir. Cristo sirvió a todos hasta dar su vida por todos: en ese tipo de servicio está la máxima expresión del señorío, del señorío universal.

¿Te atreves? No es opción personal. No digas ni sí ni no. Escucha a Cristo por si te llama a vivir con Él su mismo señorío.

LOS MIEDOS ANTE LA CONSAGRACIÓN

¿Por qué tener miedo a identificarte con Cristo?

Ciertamente, cuando uno se arriesga a un nuevo tipo de vida, siente cierta preocupación. Es lógico. Esto vale tanto para el matrimonio como para la vida consagrada.

Si el niño pudiese pensar y decidir mientras está en el seno materno, estaría preocupado al tener que dar el salto a una nueva vida porque se encuentra muy cómodo en el seno de la madre. Si se dejase llevar por el miedo de afrontar una nueva vida, sería un eterno feto. Esto nos puede pasar en nuestra vida de fe.

Cuando alguien siente la llamada a una vida de consagración, es lógico que sienta cierta preocupación. Lo que ya no es tan lógico es que tenga miedo de afrontar una vida que se le ofrece como tarea a realizar, pero

verdaderamente maravillosa; puesto que se trata de seguir a Cristo en la realización de su propia misión.

Si has sentido esa llamada y no te atreves, debes ser consciente de que mientras tengas miedo, no serás libre. En todo caso, deberías pensar cuáles son tus miedos o cuáles son las cosas que no te atreves a dejar, o cuáles las situaciones que no te atreves a afrontar; en otras palabras, cuáles son las riquezas que temes perder.

A veces tenemos miedo hasta de liberarnos de nuestras esclavitudes. Hay que reconocer que hay esclavitudes que lo son, precisamente porque nos atraen; y no vale decir, sin más, «rompe tus cadenas»; es necesario que previamente se reconozca que son cadenas. Es un caso parecido al del drogadicto cuando va a ingresar en un centro de rehabilitación. Tiene unas cadenas que se ha buscado y que le gustan; pero ve que debe romperlas porque no conducen a ninguna parte. Y se decide a romperlas aunque le cueste, porque ve que es la única manera de volver a ser hombre.

En tu caso es posible que se haya ido formando como una costra de pecado; algo así como las esta-

lagmitas que se van formando insensiblemente con el gotear de agua caliza durante muchos años. Quizá se te ha ido formando, también insensiblemente, como un corazón de piedra en criterios, actitudes, costumbres, hábitos, mediocridad... y es necesario cambiarlo por un corazón de carne. Y hay que recurrir al Señor, que es el único que puede cambiar el corazón.

Pero hay que acudir al Señor sin miedo; que, a veces, también se lo tenemos por si nos toma en serio cuando le decimos que queremos ser santos y fieles a su llamada. Unas 15 veces dice Jesús en el Evangelio: «no tengáis miedo». No se lo tengas.

No puedes tener miedo de quien ha dado su vida por ti. Si sientes su llamada, no dudes. Pero si te decides a seguirle, tampoco lo hagas a medias. Síguele muy de cerca y muy en serio. Serás feliz como lo son tantos y tantas que se han consagrado al Señor y viven el gozo de la intimidad con Él.

También hay que reconocer que, a veces, se tiene miedo a que los compañeros digan que son rarezas o tonterías eso de la vocación, o a que se burlen de uno,

o a que le gasten bromas de mal gusto. Pero una vida limpia acaba siempre por imponerse.

A veces se tiene miedo a decirlo a los padres. Hay padres que en un principio se niegan a aceptar la vocación de sus hijos porque se creen «abandonados» por los hijos consagrados; aunque después ceden y están contentos.

Estos miedos son quizá la primera valla que hay que saltar en el camino de la fidelidad al Señor en la propia vocación.

PARTE QUINTA: LLAMADOS A LA IGLESIA

PARÁBOLA DE LOS JORNALEROS

(Mt. 20,1-16)

Dios se complace en elegir a los pequeños y pobres

Es necesario cambiar nuestra concepción de la fuerza y la eficacia de la acción apostólica. Normalmente pensamos que la eficacia está en la fuerza de los líderes y de los que tienen grandes cualidades humanas.

Pero hay gente que no es noticia, que no sale en las primeras páginas de los periódicos ni en las revistas; gente que vive con sencillez su fe y su entrega generosa al Señor, y que preferentemente son los elegidos por Dios para sus grandes obras. El Señor muestra su fuerza en la debilidad y en la pequeñez de los elegidos.

Quizá te preguntes si puedes hacer algo positivo para arreglar el mundo, si tu acción vale la pena tomártela en serio; si va a ser eficaz. A veces tenemos la sensación de no ser útiles, de que a uno no le hacen caso, de que no sirve para nada en la gran obra de la Iglesia. Piensa que tu acción no es simplemente tuya; es acción

de Jesús, que es quien actúa con la fuerza irresistible de su amor, a través de ti y a través del Papa y a través de cualquier cristiano.

En la parábola de los jornaleros llamados a trabajar en la viña, creo que tenemos una gran lección al respecto. A pesar de la claridad con que se ve en ella que todo es gracia, gracia que invita y gracia que llama y gracia que recompensa, está el hecho de que nos solemos considerar con más méritos que los demás a la hora de la paga, sobre todo cuando vemos la paga que Dios da a quienes creemos inútiles o que no han trabajado tanto como nosotros.

¿VALE UNA ORACIÓN?

Aquí la tienes: Señor, me llamaste a tu viña, a tu Iglesia. Poco a poco me fui decidiendo. Sabías que no sabía trabajar, sabías de mis pocas cualidades y, a pesar de todo, me llamaste.

Al entrar en tu viña tuve la impresión de que tu viña estaba abocada al fracaso. Veía en tu campo ancianos y ancianas, veía paralíticos y enfermos y pobres y marginados... veía personas sencillas y humildes, sin relieve

social, sin cultura, personas del campo y de la ciudad que apenas son conocidos más que por algunos vecinos. Y me preguntaba: ¿qué porvenir va a tener esta viña?

Vi en la plaza a muchos que esperaban que alguien los contratase y nadie los quería; no servían para nada que valiese la pena. Después los vi conmigo en tu viña. Supe después y me enteré de que cuando pasaste Tú, les dijiste: id también vosotros a mi viña. ¡Con qué placer contratas a quienes nadie ha querido!

También a mí me has llamado. Sé que soy bien poca cosa. Veo que tu viña se diferencia de las otras en que estamos nosotros, los que valemos poco, los inútiles, los que no contamos. Sé que lo que te importa no es nuestro trabajo sino nosotros; por eso llamaste incluso a quienes no llamaba nadie.

Mañana quizá no vuelvan los de primera hora porque son los que valen y se han sentido injuriados porque nos has pagado a nosotros como a ellos, que se consideran a sí mismos como los fuertes, los mejores, los que valen...; aunque algunos de ellos se mueven

mucho y rinden poco y, a pesar de ello, se creen con más derechos. ¿Creerse con derechos en tu viña...?

Si ellos no vuelven y sólo estamos nosotros, ¿qué va a producir tu viña? Sin embargo sigues llamando a los que nadie contrata. No te comprendo, pero me sigo fiando de ti. Y sólo por el gesto de llamarme, cuenta conmigo para lo que sea. Tu viña seguirá dando fruto, Señor, porque el fruto lo das Tú. Nosotros te damos gracias porque, a pesar de nuestra pequeñez, nos has elegido para trabajar en la mejor viña: en tu Iglesia.

LAS EXCUSAS

¿Valen ante el Señor tus excusas? Preséntaselas

Con frecuencia, las excusas vienen a disimular los miedos.

Uno es consciente de sus deberes, de sus responsabilidades, de su misión en la vida, de que Dios tiene un proyecto sobre él. Pero tiene miedo de complicarse la vida ante las dificultades que tendrá que afrontar.

Si te planteas tu proyecto de futuro desde lo que vas descubriendo que el Señor quiere de ti, verás que

quizá has de cambiar muy radicalmente en cuanto a lo que quieres ser, a lo que vas buscando en la vida, a lo que piensas hacer por los demás. Quizá ves que debes pasar a una actitud de plena disponibilidad para el servicio de los demás, cuando ahora estás pendiente de tus propias conveniencias; ves que has de plantearte cómo servir y amar a los demás; ves que no puedes seguir estando pendiente de ti.

Cuando uno no se atreve a afrontar, desde esta visión de fe, sus propias responsabilidades, entra en el campo de las excusas que a veces se exponen y a veces no. Con las excusas trata de justificar la opción que uno elige cuando ve que no es lo que el Señor quiere.

Esto no quiere decir que quienes no eligen la vida consagrada están fallando en su fidelidad al Señor. ¡Hasta ahí podríamos llegar! Se trata de querer justificar ante los demás el hecho de no asumir las responsabilidades que ven que el Señor les quiere confiar, tanto en la vida matrimonial como en la consagración.

Y hablan de todos esos defectos y fallos que dicen encontrar en la Iglesia: que si no sintoniza con el mun-

do actual, que si la Iglesia institución está desfasada, que si no está adaptada a la vida moderna, que si enseña una moral anticuada, que si no está al día en lo doctrinal, que si hay caza de brujas... y cosas por el estilo.

No seré yo quien defienda la corrección de todas las actuaciones de la Iglesia. Pero si van por ahí algunas de las excusas, sinceramente te digo que no valen.

Los santos se realizaron en la santidad dentro de la misma Iglesia que a muchos les parecía intolerable. Además, con la consagración o sin ella, vas a pertenecer a la misma Iglesia. Además, si tu vocación es la consagración, te vas a dedicar en exclusiva al bien de la Iglesia tal como es. Además, quizá quienes tanto la critican, sean más intolerantes y más cómodos que aquellos a quienes critican. Y el último además: la Iglesia más te necesita cuanto menos te gusta.

Piensa por otra parte que en la Iglesia hay cantidad de hermanos con una entrega y con una dedicación que, cuando se ven de cerca, causan asombro y admiración. También ven los defectos que tú puedes ver en la Iglesia; quizá más, porque afinan mucho en la

exigencia personal. Son conscientes de que ésta es la única Iglesia que el Señor está construyendo y saben que no hay otra.

Tampoco les gustan los defectos que ven en ella, pero tratan de colaborar con el Señor en su perfeccionamiento, exigiéndose a sí mismos lo que no se atreven a exigir a los demás. Optan por el verdadero camino de renovación eclesial sin buscar excusas para justificarse, ya que el verdadero problema para ti, para mí y para cualquiera, está en la dificultad que nos supone a todos iniciar con seriedad, el camino de la cruz del Señor. Si te decides, adelante. Y si no, ya puedes empezar a buscar excusas; pero procura que sean de peso y no repitas esa musiquita de fondo tan consabida: criticar sus defectos.

EJEMPLO DE LOS SANTOS

¿De verdad que la santidad no es para ti?

Todos necesitamos modelos de identificación, por la sencilla razón de que todos nos estamos «haciendo»; aunque, de manera especial, los necesitáis los jóvenes ya que vuestra vida está menos hecha. No voy a decirte

que los santos deban tener sus fans entre los jóvenes como los tienen cantantes, artistas, deportistas; pero sí algo por el estilo.

Los santos han sido unos cristianos que se tomaron muy en serio su amistad con Jesús; tan en serio que la llevaron hasta las últimas consecuencias; algunos llegaron hasta aceptar la muerte violenta por fidelidad a Él.

Entrar en contacto con los santos supone descubrir distintos caminos de fidelidad a Jesús. Indudablemente en alguno de ellos encontrarás circunstancias parecidas a las que tú estás viviendo; verás sus reacciones y sus actitudes y tendrás un modelo a imitar.

¿Quieres unos cuantos modelos?

S. Francisco, el humilde, el sencillo, el pobre.

S. Agustín, el converso, que captó la gratuidad del amor de Dios.

Sta. Teresa, que vivió con la mayor naturalidad lo sobrenatural.

S. Vicente de Paúl viendo en los pobres a los señores de su vida.

S. Maximiliano Kolbe prestándose a morir en lugar de otro.

Sta. Teresa Jornet, dedicándose a los ancianos desamparados.

S. Juan Bosco con alegría y simpatía en el campo de la educación.

S. José de Calasanz, sereno cuando la Iglesia suprime su obra.

Beata Josefa Naval, una sencilla mujer de pueblo beatificada recientemente.

Francisco y Jacinta, los dos partorcitos de Fátima que parece serán beatificados en breve. Parecía imposible que a los diez y once años, llegasen a vivir las virtudes cristianas en grado heroico; y las vivieron.

Verás en todos, las actitudes fundamentales de nuestra fe cristiana, como amor a Cristo, fidelidad a su amistad, obediencia y amor a la Iglesia a pesar de que muchas veces la misma Iglesia no los comprendió, exigencia personal en cuanto a vivir la cruz de Cristo; y

todo esto, traducido en caridad, castidad, fe, humildad, fortaleza, oración, ternura al hablar de Cristo, servicio a los pobres, disponibilidad para el servicio... pero todas esas actitudes, juntas. Las actitudes cristianas, si lo son, nunca van separadas unas de otras; además, van siempre unidas a la serenidad y a la alegría que dan un aire festivo a sus vidas.

¿No te parece que hay mucho que aprender de los santos? Creo que a nadie nos iría mal leer alguna vida de santos aunque sean breves; hay muchas escritas. Leyéndolas podemos entrar en un conocimiento más profundo de quienes nos han sido propuestos por la Iglesia como modelos a imitar en nuestro camino hacia Cristo.

Al ponernos en contacto con ellos, surge la admiración, pero no nos podemos quedar ahí. Automáticamente nos planteamos la cuestión: ¿por qué ellos sí y yo no? Y va apareciendo la historia de nuestra vida y nuestro proyecto de futuro; y van apareciendo nuestras decisiones que vamos contrastando con las que tomaron ellos en circunstancias similares a las nuestras.

Es entonces cuando hemos de optar por imitarles en nuestro caminar por la vida con la mayor fidelidad al

Señor, o quedarnos en un estéril conformismo, limitándonos a ser como algunas personas normales y buenas que conocemos. Valdría la pena descubrir como ellos, el amor de Dios a cada uno de nosotros.

Por otra parte, los santos son siempre de actualidad. Nunca están desfasados porque vivieron el heroísmo de la caridad en el olvido de sí mismos, abriéndose por completo al servicio a Dios y de los hermanos. Es el camino que abrió Cristo y que sigue estando abierto y siendo válido en la actualidad.

EL SACERDOTE, DOBLE DE CRISTO

Si Cristo te pidiese reencarnarse en ti ¿aceptarías?

Sucede en el sacerdocio como en las películas. Cuando ves al doble, estás viendo al artista. Cuando ves al sacerdote estás viendo a Cristo, pues a través del sacerdote, es Cristo quien está realizando la salvación de los hombres.

De la misma manera que Cristo ha querido hacerse presente en los pobres para que le amásemos a Él

cuando amamos a los pobres, ha querido hacerse presente en los sacerdotes para actuar Él cuando actúa el sacerdote.

Podemos decir que tanto los pobres como los sacerdotes, están en el camino de nuestro encuentro con Jesús: a través de los pobres llegamos a Jesús y a través de los sacerdotes Jesús llega a nosotros. Él llega a nosotros como salvador, a través del sacerdote; y nosotros llegamos a Jesús como salvados, a través de nuestro amor a los pobres.

Es tal la presencia de Cristo actuando en el sacerdote, que pudo decir las siguientes frases: «Quien a vosotros escucha, a mí me escucha; quien a vosotros recibe, a mí me recibe; donde estoy yo, que estén ellos; ya no os llamo siervos, os llamo amigos; os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel; como el Padre me envió así os envío yo; a quienes perdonareis los pecados les serán perdonados; no temáis, yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos».

Todo esto son frases en las que se entrevé la misión del sacerdote. No es alguien que simplemente actúa en

nombre de otro; es que el OTRO se ha apropiado de tal manera de la persona del sacerdote, que es Él -el OTRO- quien actúa a través de ella.

Por eso, los fieles quieren ver a Cristo en el sacerdote; y quieren verlo de verdad, en su vida, en sus actitudes, en su palabra, en su modo de actuar; y quieren verlo porque saben que está allí, porque saben que entre el sacerdote y Cristo ha habido un compromiso: Cristo ha asumido la persona del sacerdote para seguir realizando la obra de la salvación de todos los hombres; y el sacerdote se ha prestado a ser asumido por Él para llevarla a cabo.

De la misma manera que el Hijo de Dios asumió una naturaleza humana para realizar la redención a través de ella, ha asumido las personas de los sacerdotes para seguir actuando la redención a través de ellos. Por eso es Cristo quien predica, quien bautiza y quien perdona cuando el sacerdote predica, bautiza y perdona.

No te digo nada sobre la exigencia de la vida evangélica que lleva consigo el sacerdocio. Si te decía al principio que el sacerdote es como un doble de Cristo,

es lógico que la gente, lo único que debe ver en él es a Cristo, pero con la particularidad de que no se trata de ver a Cristo en el sacerdote durante unos momentos como en el caso del doble cinematográfico, que representa unas escenas y después sigue su vida al margen; se trata de SER, en toda su vida, una pura transparencia de Cristo. De ahí la necesidad que tiene el sacerdote de profundizar en el conocimiento y en la contemplación de Cristo para imitarle en su vida con la mayor perfección.

Ello le exige renunciar a todo lo que pueda empañar la imagen de Cristo. Casi nada. Ahí está la grandeza y la exigencia de la vida sacerdotal: amor a cualquiera, disponibilidad para renunciar a lo que sea, y obediencia a la voluntad del Padre para agradecerle siempre y en todo; como Cristo.

¿CELIBATO OPCIONAL?

Para ser sacerdote hay que serlo de verdad

Es posible que hayas oído hablar de que debiera dejarse al criterio de cada sacerdote el poder contraer ma-

rimonio, ya que uno puede tener vocación al sacerdocio sin tener vocación al celibato; con ello dicen habría más vocaciones. Aunque en realidad también escasean las vocaciones en confesiones cristianas que admiten el matrimonio de sus ministros.

Pero, a pesar de que matrimonio y sacerdocio no son incompatibles, hay que tener en cuenta que se trata de dos proyectos de vida distintos.

El matrimonio tiene tal entidad que no puede ser considerado como un medio para el equilibrio afectivo del sacerdote. El matrimonio es todo un proyecto de vida en el que se unen definitivamente dos cristianos para aunar proyectos, tareas, compromisos... tratando de formar una iglesia doméstica abierta a la Iglesia universal. Los cónyuges deben llegar a una unidad entre sí semejante a la que Cristo ha hecho con su Iglesia.

El proyecto de vida sacerdotal es distinto del proyecto de vida matrimonial. El sacerdote ha de hacer unidad de vida con Cristo de manera que sea el mismo Cristo quien actúe a través de él. No puede compartir su proyecto de vida con nadie más que con Cristo.

Todos deben poder acercarse al sacerdote con el mismo derecho con que se acercaban a Cristo. Por eso, como Cristo, el sacerdote no debe ser de alguien en particular, como lo es el esposo o el padre, sino el hombre de todos, como lo es Cristo.

De todos modos, ¿pasaría algo si los sacerdotes se casasen simultaneando el sacerdocio con el matrimonio? Ciertamente que no se vendría abajo la Iglesia; sin embargo debemos ser conscientes de que los ministerios se dan para que puedan vivirse con la mayor perfección posible.

Y el sacerdocio no consiste en «hacer» determinadas cosas sino en «vivir para ello». Y aquí es donde hay que ver el sentido de la unión del celibato con el sacerdocio. No se minusvalora el matrimonio, sino que con el celibato tiene el sacerdote abierta la posibilidad de vivir su sacerdocio hasta las últimas consecuencias. El sacerdote célibe está libre de toda vinculación y puede por tanto dedicarse «en exclusiva», a vivir su sacerdocio abierto a todos.

Preguntar por el celibato opcional equivale a preguntar si el sacerdote debe pertenecer a alguien en especial que no sea el mismo Cristo.

Esta plena libertad para el Evangelio ha permitido que cantidad de misioneros se dedicasen a anunciar el Evangelio por todo el mundo. Su vinculación familiar se lo hubiese impedido.

El celibato le da al sacerdote una mayor afinidad en el sentido de la dedicación de la propia vida a todos los hombres, y le permite una mayor libertad para esa dedicación.

Libertad que, por otra parte, se puede romper -y a veces la rompemos- con otras vinculaciones y dependencias que son defectos, como por ejemplo, depender del dinero, bienestar, comodidad... La ley del celibato complementa la ley evangélica de estar libres de cualquier dependencia -no sólo de las dependencias defectuosas- para darnos totalmente a Jesús.

¿Que esto cuesta? Naturalmente. Pero no es ésta la cuestión.

Lo que pasa es que hay que ser consecuentes y «vender» todo para seguir a Cristo; también Él renunció a todo por la salvación de todos los hombres.

No es problema de sacerdotes casados o no casados, sino de sacerdotes totalmente libres de cualquier vínculo para dedicarse, como Cristo, a la salvación de todos los hombres.

FUTURO DE LA VIDA SACERDOTAL

**Tiene futuro. Dios sigue queriendo salvar
ESTE mundo**

Hay escasez de vocaciones en la actualidad. Cuando estos fenómenos se dan a nivel general, es señal de que algo especial está sucediendo en nuestra sociedad. Sin embargo, en medio de la pobreza del tercer mundo están surgiendo muchas vocaciones; es lógico que los que sufren estén esperando la solución a sus problemas y estén más abiertos al salvador que se les anuncia.

En nuestro mundo occidental la religión no está de moda; nadie espera nada porque se vive en la abundancia. Y cuando uno habla de que Jesús es nuestro salvador, a pesar del clima cultural cristiano en que se ha ido forjando el occidente, hay muchos que preguntan: ¿de qué nos va a salvar?

Precisamente por eso es más necesaria la presencia del sacerdote que les ayude a ser conscientes de la pequeñez del hombre y a superar el materialismo en que viven.

Actuar en medio de ese mundo no es fácil. El sacerdote no es escuchado en muchos ambientes de nuestra sociedad. Por otra parte, da la impresión de estar ofreciendo algo que no se cotiza. No es el hombre a quien todos escuchan como antes. A veces da la impresión de vivir en otro mundo, aislado del ambiente en que la gente se mueve. Hasta su estilo de vida no coincide con la vida que normalmente lleva la gente. Esto hace que algunos se pregunten ¿tiene porvenir el sacerdocio, especialmente el sacerdocio celibatario?

Humanamente hablando no tiene el sacerdote un porvenir brillante como podía tenerlo en tiempos pasados. Ni en sentido económico ni en el prestigio social.

Si alguien va buscando en el sacerdocio una vida con ventajas en cuanto a facilidades, comodidad, prestigio social, futuro asegurado etc., no es éste el camino.

Te lo estoy diciendo con la misma franqueza con que se lo dijo Cristo a los hijos del Zebedeo cuando le

pidieron los primeros puestos; les preguntó si podrían beber el cáliz que Él había de beber. Y es que para seguir a Cristo no hay que buscar ventajas, sea cual sea el estado de vida en que uno se encuentre.

Y porque Jesús ha sido enviado a salvar también a los hombres de hoy, sigue invitando a seguirle a jóvenes decididos a afrontar cualquier riesgo por amistad con Él. Necesita jóvenes que no sean calculadores, que sean capaces de confiar plenamente en Él, que estén dispuestos a seguirle a dondequiera que sea; jóvenes dispuestos a servir gratis porque gratis han recibido la salvación que están llamados a compartir con todos.

Y seguirá habiendo jóvenes que no busquen otra paga que la amistad con Cristo. Mientras haya jóvenes generosos dispuestos a vivir la amistad con Cristo con la gratuidad con que se vive la amistad, sin esperar más recompensa que percibir la sonrisa del amigo Jesús, tendrá futuro la vida sacerdotal.

Lo verdaderamente gratificante es escuchar a Cristo diciendo a los suyos: «Venid a mí los que estáis cansados y agobiados que yo os aliviaré. Mi yugo es suave y

mi carga ligera». Y uno siente que Cristo es su premio y su paga. No puede haber premio mejor. Vale la pena dedicarle toda una vida. El sacerdocio tiene futuro porque lo tiene la redención de Cristo que es quien está actuando a través del sacerdote.

¿CÓMO SABER CUÁL ES TU PUESTO?

Vive tu amistad con Jesús y pregúntale a Él

En primer lugar, cuando se trata de encontrar cuál es tu puesto en la Iglesia, has de dejar de lado todo lo referente a gustos y caprichos e inclinaciones. No es cuestión de que te preguntes dónde me gustaría estar sino dónde quiere Dios que esté. Y es que debemos ser muy conscientes de que los caminos de Dios no son nuestros caminos.

Dios no actúa a contrapelo, pero sus designios son incomprensibles para nosotros, que tenemos horizontes muy pequeños. Los horizontes del Señor están abiertos a la universalidad.

Por otra parte, en una cosa tan importante para un joven como es encontrar su propia vocación, Dios no

se presta a jugar al escondite con los jóvenes que la están buscando y que quieren serle fieles. Dios es serio y nos toma en serio. Y encontrar el propio camino es crucial para todos nosotros.

Lo importante es que, sinceramente, quieras saber lo que Dios quiere de ti; pero que quieras saberlo para estar donde Dios quiere que estés y para ser lo que Dios quiere que seas. Y todo esto, fundado en una sincera amistad con el Señor; porque encontrar tu puesto equivale a preguntarte cómo quiere el Señor que vivas tu amistad con Él.

Lo que sí pasa muchas veces, es que los designios de Dios son imprevisibles. Hay que situarse ante Él en actitud de plena disponibilidad; hay que estar a la escucha; cuando uno percibe su llamada, normalmente queda un poco extrañado como preguntándose ¿yo, aquí?, ¿es posible?, ¿estaré soñando?, ¿valgo para eso?

Por eso se me ocurre proponerte cuatro puntos que creo fundamentales en cuanto a descubrir tu propia vocación.

Primero, conocer a Jesús. Y para conocerle, tratarle. Los amigos dialogan entre sí y se van queriendo al

mismo tiempo que se van tratando. De ahí la importancia de la oración como trato con Jesús amigo. Si vas meditando el Evangelio irás descubriendo sus inquietudes, sus deseos, sus sentimientos, sus proyectos, sus intereses... irás descubriendo dónde te necesita, dónde puedes ayudarle más y demostrarle mejor tu amistad.

Segundo, ser amigo; pero serlo de verdad. Que no es cuestión de no ofender al amigo o de no cometer pecados; es cuestión de querer a Jesús, de amarle, de ser consciente de que te ama y de que confía en ti; es cuestión de quererle agradar, de quererle complacer, de quererle ayudar en la realización de su obra.

Tercero, asumir sus proyectos; de lo contrario, no puedes llamarte amigo. Has de pensar qué quiso hacer Jesús durante su vida, y compararlo con lo que estás queriendo hacer tú. En la medida en que le vayas queriendo de verdad, irás descubriendo dónde te necesita para acabar su obra.

Cuarto, dejar de ser tú el centro de tu vida y cederle a Cristo ese lugar. Pero en serio y siendo muy consecuente. Muchas veces proyectamos nuestro futuro sin

contar con Él. Y si contamos, es para ir un poco a medias, compaginando nuestros proyectos con los suyos; que no es lo mismo que contar con Él para centrarnos en Él, para agradecerle, para serle totalmente fieles.

A medida que vayas vibrando con Cristo y vayas sintiendo su mismo amor a los hombres y a su Iglesia, encontrarás tu puesto. No lo dudes. Pregúntale al amigo Jesús si le gusta que estés donde piensas estar.

FALTAN BRAZOS

Quizá falten también los tuyos

También hoy hacen falta brazos porque también hoy la mies es mucha. También hoy son de actualidad las palabras del Señor: «La mies es mucha y los operarios son pocos. Pedid al dueño de la mies que envíe operarios a su mies» (Mt. 9,38).

Echa una mirada sobre ese inmenso campo del mundo al que somos enviados a trabajar y verás una gran escasez de operarios; hay pocos que quieran trabajar como Iglesia dentro del mundo. Sin embargo, pode-

mos hacer mucho bien, sea cual sea el puesto que nos asigne el Señor.

Faltan brazos en el campo de la caridad vivida en la más pura gratuidad. Faltan brazos en las misiones, en la atención a los niños abandonados, a los ancianos sin familia ni hogar, a los subnormales que son un estorbo en algunas casas; faltan brazos en el campo de la educación cristiana de la juventud, en la atención a los enfermos, en la asistencia social. Faltan brazos en el campo de la contemplación, como fuerza que vitalice todas las tareas apostólicas. Faltan brazos en la vida apostólica consagrada en la seglaridad y vivida en cualquier trabajo o profesión.

Faltan brazos en las parroquias ante la escasez de sacerdotes y ante la falta de colaboración en el apostolado parroquial. Faltan brazos en la vida matrimonial que conviertan nuestras familias cristianas en verdaderas iglesias domésticas. Hacen falta brazos seculares, consagrados o no, que tomen muy en serio su acción apostólica en el campo cultural, político y laboral, brazos capaces de abrazar a todos los hombres como hermanos y capaces de contribuir a la implantación de la justicia en el mundo.

Faltan brazos y Dios sigue llamando. También a ti te llama. Piensa si es tu puesto el matrimonio, fundando una familia en la que brille el mismo amor que Cristo tiene a su Iglesia; piensa si tu puesto está en el sacerdocio o en la consagración religiosa o secular.

Aunque más que brazos, hacen falta santos. Y la primera opción del santo es estar en su puesto. Piensa dónde te necesita el Señor, tanto por tus cualidades como por las necesidades de la Iglesia y de los hombres. Nunca pienses dónde te gustaría estar, sino dónde te necesita el Señor. Tu actitud debe ser constante: Señor, heme aquí.

Clarividencia y generosidad son las dos condiciones para ocupar tu puesto. Clarividencia porque no es cuestión de andar a ciegas por la vida; hay que saber lo que uno se lleva entre manos y por qué uno está en un lugar determinado, sobre todo cuando se trata de decisiones que afectan a toda la vida.

También la generosidad es necesaria porque no podemos rehuir nuestras propias responsabilidades ante el Señor. Hablar de responsabilidad equivale a tomar

en serio, ya desde ahora, nuestra vida, pues no se trata de lo que vas a hacer en el futuro, sino de lo que debes estar haciendo «ya» hoy. No esperes ser el día de mañana algo que valga la pena en la Iglesia si no te decides, «ya desde ahora», a ser fiel a tu amistad con Cristo. Ha de ser Él quien ocupe «ya» el primer plano en tu vida.

Decirle al Señor aquí me tienes, supone un compromiso de amistad de cara al futuro y de cara al presente. Quienes sólo intentan comprometerse para el futuro suelen ser los que no se atreven a comprometerse en el presente; aplazan para mañana lo que no se atreven a hacer hoy. No seas de éstos. HOY hacen falta muchos brazos en la viña del Señor. ¿Le prestas «ya desde ahora» tu colaboración?

TU ACCIÓN APOSTÓLICA

Dar la cara por Cristo como Él la dio por ti

La acción apostólica es deber de todos los miembros de la Iglesia. El apostolado es algo que hacemos todos los cristianos: el monje, el sacerdote, el casado,

el niño, el joven y el adulto. Y esto, por la sencilla razón de que cualquier actuación es como la manifestación de la vida que hay en nosotros.

No se trata de hacer cosas, sino de que se manifieste por nuestras obras lo que somos: amigos de Jesús.

Al actuar, podemos estar buscando alabanzas, ventajas o éxitos personales; eso no es una actividad apostólica sino egoísta. La intención es lo que le da a la acción su carácter apostólico; no las obras concretas que se hacen.

Por tanto, en toda tu actuación han de notar tu amistad con Jesús. Y si quieres que lo noten, no hay otro camino que vivir tu amistad con Él, pero vivirla de verdad.

Esto supone que sus intereses son los tuyos; que no lleváis dos vidas paralelas; que tus preocupaciones han de ser las suyas y que tus proyectos han de ser también los suyos; en otras palabras, es necesario que Él crezca y que tú disminuyas. Cuanto más desaparezcas tú más aparecerá Él en ti.

De esto se trata, no de que el Señor esté presente en la periferia de tu vida, sino en las raíces más profundas de tu ser para que sea Él quien actúe desde ti; y esto se nota. La gente sabe muy bien cuándo una acción concreta es obra de Cristo o es obra nuestra.

Todos los que creemos en Cristo debemos sentirnos enviados por Él para continuar su obra de salvación de todos los hombres; enviados para reorientar el mundo hacia Él, que es el centro del mundo y de la Historia, ya que todo fue creado por Él y para Él.

Ante el hecho de sentirnos enviados, es posible que en alguna ocasión, nos sintamos un poco descorazonados por las dificultades que encontramos no sólo para actuar apostólicamente, sino incluso para vivir con seriedad nuestra amistad con Él y para mantenernos en ella. A veces, incluso podemos tener la sensación de que no hay nada que hacer en medio de esta sociedad en la que estamos viviendo.

Pero es precisamente AQUÍ Y AHORA cuando Dios está actuando la salvación. Es este mundo concreto el que quiere salvar; el mundo anterior ya pasó y el mundo futuro está todavía por venir.

Hemos de ser conscientes de que antes y ahora ha sido difícil trabajar por Cristo. Antes y ahora ha habido mártires, testigos de la amistad con Cristo por quien han llegado a dar su vida, incluso de manera cruenta. Y hoy, aquí y ahora, el Señor nos envía a ser sus testigos en este mundo concreto.

Hay que ser capaces de aceptar este envío; hay que ser capaces de dar la cara por Él, sin arredrarnos por lo que puedan pensar o por lo que puedan decir de nosotros.

Si te decides, verás cómo tu amistad con Él es contagiosa. Al verte actuar a ti con esa actitud de amistad con Cristo, le verán y le escucharán a Él a través de ti. También se sentirán llamados a unirse a esa obra maravillosa que es el apostolado. Pero necesitan ver amigos de Jesús dispuestos a hacer por Él, lo que sea y donde sea. No te vuelvas atrás.

Naturalmente que es difícil. Pero ¿es que buscas algo que sea fácil en la vivencia de nuestra fe cristiana? Si lo buscas, no pierdas el tiempo. No lo vas a encontrar. No quieras ser un amigo sólo para lo fácil. Esto no entra en los esquemas de la amistad con Cristo.

EXPERIENCIA DE CONSAGRACIÓN

Vive esta experiencia. Después, lo que Él quiera

Si realmente ves que tu camino puede ser la consagración, quizá valdría la pena que tuvieses una experiencia de lo que es pertenecer en exclusiva al Señor. ¿Por qué no pruebas consagrarte al Señor privadamente durante una temporada? Por ejemplo, durante un mes o un trimestre.

¿Qué significa esto? Sencillamente que durante ese tiempo te vas a dedicar en exclusiva al Señor preocupándote de hacer cualquier cosa por Él de manera totalmente gratuita. Supondría dedicarte con el mayor interés, a todo lo que diga entrega a la oración y al apostolado sin alterar el ritmo normal de tu vida.

Sería entrar en la experiencia de lo que es un amor exclusivo y gratuito de cara al Señor. Así como normalmente tienes la experiencia de lo que es enamorarse, tendrías la experiencia de lo que es enamorarse del Señor; pero de enamorarse, así como suena, con todas las consecuencias.

Indudablemente entrarías en un conocimiento más profundo del amor de Cristo a ti y a cada uno de nosotros. Entrarías en un clima de mayor confianza con el Señor. Percibirías la finura de su amor hacia ti, y tratarías de responderle, con la mayor finura de tu amor hacia Él.

Claro, esto puede sonar a música celestial a quienes ni siquiera han iniciado una elemental amistad con el Señor; pero a quienes se van tomando en serio su vida cristiana y se preocupan por encontrar su propio camino según la voluntad del Señor, les puede ayudar, no sólo a encontrarlo, sino a recorrerlo con decisión y con alegría, cualquiera que pueda ser dicho camino.

Esta experiencia no significa que te pases todo el día en la iglesia o en la catequesis o en caritas o en el grupo juvenil a que puedas pertenecer. Pero sí podrías dedicarte más a la oración, o a colaborar con más interés en las tareas apostólicas en las que normalmente actúas, o podrías empezar a actuar en serio en alguna actividad apostólica junto con otros jóvenes.

Ahora que todavía no eres pertenencia de nadie, podrías experimentar lo que es ser totalmente del Señor y

sólo del Señor. Durante este tiempo podrías también ir pensando lo que quiere el Señor de ti.

Podrías empezar a experimentar el gozo que supone pertenecer en exclusiva a Jesús, el gozo que supone empezar a servir gratuitamente a quien pueda necesitar de ti. Quizá tu vida se vaya llenando de amor a Jesús, prescindiendo de lo que vayas a ser el día de mañana; indudablemente podría ser ésta una experiencia muy positiva.

Esto te podría suponer ir entrando más de lleno en la realidad del amor gratuito y desinteresado.

Podrías también entrar en contacto con personas consagradas y colaborar con ellas en sus actividades apostólicas. Podrías visitar algún monasterio de vida contemplativa y participar en algunos actos de oración de la comunidad. Podrías visitar algunos institutos de vida consagrada ayudándoles en su tarea apostólica. Verías a los consagrados como más cerca de ti; con ellos estarías viviendo en exclusiva para el Señor, gozando de la intimidad y confianza con Él, de la que sólo los íntimos pueden participar.

Antes de iniciar esta experiencia, sería conveniente consultarlo con tu director espiritual o con un sacerdote que te conozca bien y que te pueda aconsejar prudentemente.

PARTE SEXTA

ORACIONES PARA MANTENERSE EN LA FIDELIDAD

ORACIÓN POR LOS RELIGIOSOS DE VIDA ACTIVA

Gracias, Señor, porque has llamado a unos hermanos para seguirte muy de cerca por los caminos del mundo.

Gracias porque, a través de ellos, nos estás diciendo que es posible imitar la vida que Tú llevaste.

Gracias porque en ellos vemos tu vida de pobreza, de castidad y de obediencia.

Gracias porque, a través de su pobreza, que es la tuya, los más pobres son atendidos.

Gracias, porque son capaces de no exigir sus derechos al mismo tiempo que se complican la vida por exigir los derechos de los demás, especialmente los de quienes no cuentan para nada ni para nadie.

Gracias porque con su castidad, están viviendo una paternidad y maternidad abierta a todos, especialmente a aquellos que más necesitan de amor, de atenciones y de servicio.

Gracias porque están pendientes de quien necesita de ellos y están dispuestos a dejar, incluso su propia patria, para servir a cualquiera en cualquier parte del mundo.

Gracias porque, con su obediencia, a veces muy exigente, nos están diciendo a todos que vale la pena obedecerte a ti de todo corazón como te obedeció tu Hijo.

Gracias porque vemos que son capaces de ceder en sus derechos aún teniendo razón, para parecerse más a tu Hijo.

Gracias por su disponibilidad a hacer lo que les encomiendan sus superiores por mucho que les cueste.

Gracias porque a través de sus obras, nos están hablando de tu Hijo que renunció a todo para darse del todo.

Sé que es una vocación que han de actualizar día a día. Sé que diariamente oyen de tus labios, el «Sigue-

me» de la primera llamada, pero es un sígueme más exigente cada día; es que, Señor, nunca te conformas con poco.

Señor, que no se vuelvan atrás. Los necesitamos en tu Iglesia para que nos estimulen y vayan por delante recorriendo tu propio camino.

El camino es duro; camina junto a ellos, Señor. Que sientan el calor de tu presencia. Es extraordinaria la misión que les has confiado y no pueden realizarla sin ti.

Es fácil ceder ante los criterios de vida que dominan en nuestra sociedad. Dales la fortaleza necesaria para poder ser en medio del mundo, testigos de tu amor.

Que no sean del mundo aunque estén en el mundo.

Que su vida sea tan parecida a la tuya, que quienes queremos ser como Tú, queramos ser como ellos.

Que no se desanimen aunque la sociedad no les agradezca lo que hacen por ella. Que estén pendientes de que seas tú quien se lo reconozca.

Señor, sigue llamando a muchos jóvenes para que sigan viviendo tu propio estilo de vida.

Los jóvenes de hoy necesitamos ver a otros jóvenes viviéndolo. Y vemos pocos religiosos jóvenes.

Sé que al pedirte que sigas llamando, a lo mejor percibo tu llamada. Tú, Señor, llámame donde quieras. Pero tú me conoces. Soy débil. Dame tu luz para que descubra mi propio camino, y tu fuerza para seguirlo. No quiero renunciar a seguirte por donde sea.

ORACIÓN POR LOS CONTEMPLATIVOS

Gracias, Señor, porque has llamado a una porción de la Iglesia para estar junto a ti, para alabarte, para darte gracias, para contemplarte.

Gracias porque, a través de ellos, es tu Iglesia y nosotros quienes te estamos alabando y glorificando.

Gracias porque, a través de su presencia en la Iglesia, me doy cuenta de que te tengo un tanto olvidado en mi vida. Yo te quiero, Señor, aunque sé que te quedas esperándome muchas veces para explayarte conmigo, pero estoy tan ocupado en mis cosas que no me queda tiempo para ti.

Gracias porque en ellos vemos un ejemplo de generosidad y nos sentimos llamados a ser nosotros también generosos

Gracias, Señor, porque a través de ellos, conocemos mejor tus sentimientos.

Ellos están pendientes de la Iglesia como Tú.

Se ofrecen por ella como tu Hijo Jesús.

Dan su vida por ella como tu Hijo.

Sufren por los pecados del mundo y ofrecen sus vidas como expiación por ellos, como tu Hijo.

Rezan por los que todavía no te conocen o se han apartado de ti, y te piden que les ayudes a volver a la casa paterna.

¿No es esto vibrar con el corazón de tu Hijo?

Gracias porque, con su vida, ponen en medio del mundo tu mismo corazón y tus mismos sentimientos.

Gracias porque viendo el cariño con que ellos miran al mundo y a la Iglesia, descubrimos el inmenso cariño con que los miras Tú.

Gracias, Señor, porque mantienen la esperanza en tu Iglesia; en ellos vemos tu amor y somos conscientes de que ese amor sigue salvándonos; a nosotros y a todos.

Gracias porque ponen un poco de alegría en un mundo insatisfecho y crispado. Nos están diciendo con sus caras alegres, que la alegría, el gozo y la paz debemos buscarlos donde se encuentran, en Ti.

Ayúdales, Señor, a mantenerse fieles a tu llamada.

Que no se vuelvan atrás aunque no se les aprecie, aunque no se les comprenda, aunque los mismos hombres de Iglesia no los valoren ni aprecien debidamente su obra.

Señor, que se sientan comprendidos, al menos dentro de la Iglesia; que sientan el calor y el cobijo de la comunidad cristiana.

Dales tu aliento, tu gozo y tu paz, para que no desmayen en esa obra que sólo con una fe muy viva, se puede valorar y vivir.

Al mismo tiempo que te damos gracias, te pedimos que sigas invitando a jóvenes para esta vida de intimi-

dad contigo. Hay jóvenes que están buscando amor, calor de amistad... Sigue llamando, Señor. Los jóvenes son generosos. No sé si incluirme también y decir que los jóvenes somos generosos. Yo quiero serlo. Si me quieres aquí o en cualquier otra parte, házmelo ver. Quiero portarme con generosidad ante quien ha dado su vida por mí.

ORACIÓN POR LOS INSTITUTOS SECULARES

Gracias, Señor, por este regalo de los Institutos Seculares que has hecho recientemente a tu iglesia.

Gracias porque has llamado a tantos hermanos a dedicarse a dar testimonio de ti en los lugares de trabajo, en las oficinas, en las fábricas, en los centros sanitarios, en el campo de la enseñanza, en las aldeas y en las ciudades.

Gracias porque han aceptado tu invitación para hacerte presente en todos los ambientes y quieren ser una presencia tuya en medio de un mundo donde reina

la injusticia, la instrumentalización del hombre por el hombre, el egoísmo, el materialismo...

Gracias porque han escogido el camino difícil de estar con todos y en medio de todos, haciendo lo que todos, pero sin ser como todos, sino como Tú.

Gracias porque has puesto en medio de la gran masa del mundo un poco de fermento, pequeño pero con mucha fuerza, la fuerza de tu gracia, para que haga fermentar toda la masa.

Gracias porque nos estimulan a ser y a actuar como ellos siendo testigos de tu Hijo en medio del mundo.

Gracias porque son luz y sal en un mundo en tinieblas y sin sentido.

Ayúdales, Señor, a mantenerse firmes en su consagración en medio del mundo. Que no desvirtúen la fuerza del fermento. Que no se adocenen. Que amen entrañablemente al mundo y que se dediquen a presentarle con sus vidas el amor de tu Hijo.

Estate, Señor, muy cerca de ellos. Están muy solos en medio del mundo. Que no les asfixie el ambiente cuando no sean aceptados.

Que no estén pendientes de lo que puedan decir u opinar de ellos. Que sólo tengan fija la mirada en ti.

Que no tengan la sensación de estar fuera de ambiente; que sientan el gozo de estar contigo en medio del mundo.

Que sepan sufrir en medio de un mundo que ríe.

Que sean fieles en seguir tu mensaje aunque se queden solos. Que sigan en primera línea, a pesar de que puedan tener la impresión de que no vale la pena seguir.

Que sepan ver el rostro de tu Hijo en cualquiera; que se acerquen a quien más necesite de ellos, aunque no les caiga bien; que sepan estar donde más necesaria sea su presencia.

Que estén siempre disponibles y dispuestos a prestar cualquier servicio en favor de los hombres, aunque algunas veces abusen de su generosidad y de su bondad.

Acompáñales siempre, Señor. Y que se dejen acompañar por ti. Es difícil seguirte; y más, seguirte de cerca y solos en medio de un mundo que lucha con dureza

contra quienes no comparten sus posturas. Tú lo sabes muy bien porque ya pasaste por ello.

Sigue llamando a trabajar en este sector de tu Iglesia.

Es necesaria en la actualidad la presencia de personas consagradas en medio de un mundo que te desconoce.

Nuestro mundo necesita de un fermento nuevo que vaya cambiando las estructuras en que se mueve.

Que haya jóvenes dispuestos a prestar este servicio a tu Iglesia; que sientan la alegría de actuar donde actúan todos, pero que su manera de actuar sea la tuya.

Señor, bendice esta nueva iniciativa de tu Iglesia.

ORACIÓN POR LOS MATRIMONIOS CRISTIANOS

Gracias, Señor, por el amor que has sembrado en nuestras familias. Gracias porque, al ver cómo se quieren los esposos y los padres y los hijos, nos descubres y nos revelas la finura y la intensidad de tu amor.

Gracias porque, a través del amor matrimonial, nos haces descubrir que tu amor va más allá, mucho más allá.

Gracias porque, a través del amor de los esposos vamos descubriendo el amor que tiene tu Hijo a su Iglesia.

Gracias porque, a través del amor que me han tenido mis padres, he ido descubriendo cómo es tu amor hacia mí. He visto que me tienes amor de padre, exigente, estimulante, callado, y amor de madre, tierno, acogedor, expresivo.

Gracias porque les ayudas a que se sigan amando.

Gracias por la fidelidad al amor que se tienen los esposos, a pesar de las dificultades que encuentran en el ambiente para mantenerse fieles el uno al otro.

Señor, de verdad que hay ejemplos maravillosos de amor entre los esposos a pesar de que muchos puedan fallar.

Ayuda, Señor, a los esposos cristianos a vivir su compromiso de amor. Que no haya doblez en su entrega mutua y en el servicio que se presten el uno al otro. Que se sirvan con naturalidad.

Que sean capaces de darse sin reservas, como tu Hijo se dio sin reservas a su Iglesia. Que sean capaces de superar el egoísmo que a todos nos tienta en nuestras actividades.

Que las familias sean fuente de vida y no de muerte. Que transmitan siempre la fe recibida. Que sean verdaderas iglesias domésticas donde se enseñe el amor a ti y a los hombres.

Señor, ayuda a los padres a comprender a los hijos. Que sepan ayudarles en su formación cristiana. Que les ayuden a seguirte. Y si llamas a alguno de sus hijos a consagrarse a Ti, que sean ellos los primeros en acompañarles en el camino de su vocación.

Que unos a otros se sirvan con tal naturalidad que no se note que están sirviendo porque sirven con alegría y con placer, aunque el servicio sea difícil.

Ayúdales, Señor, a mantenerse firmes en el compromiso de amor, a pesar de las dificultades y egoísmos que nos rodean por todas partes. Que sean capaces, por amor a ti, de mantenerse en actitud de donación y de gratuidad.

Que el ambiente del mundo, contrario a la fidelidad en el amor, les lleve a unirse más a ti, fuente de la vida y del amor.

Que las familias cristianas se abran a la gran familia de tu Iglesia; que no se cierren sobre sí mismas en una actitud egoísta y aislada.

Sigue llamando, Señor, a muchos jóvenes para que formen familias cristianas, iglesias domésticas, en las que reine el amor y la caridad; familias siempre presididas por Ti.

Dales a conocer que el matrimonio no es un placer, sino una tarea difícil, pero apasionante; nada menos que reflejar, haciéndolo visible, el amor que tu Hijo tiene a su Iglesia.

Que no vayan al matrimonio buscando satisfacciones, sino con ilusión de fe, dispuestos a servirse el uno al otro como Cristo sirvió a su Iglesia, amándola y sacrificándose por ella.

ORACIÓN POR LOS SACERDOTES

Señor, gracias por tus sacerdotes.

Gracias porque tantos hermanos nuestros han sabido responderte con generosidad. Te han entregado sus vidas. Les has pedido que te siguieran y empezaron a caminar contigo.

Gracias, Señor, porque has querido encarnarte de nuevo entre nosotros a través de tus sacerdotes.

Gracias, Señor, porque, a través de ellos, has querido hacerte presente y estar muy cerca de nosotros para seguir anunciándonos tu mensaje de salvación.

Gracias porque has querido perdonarnos y acogernos, fortalecernos con tus sacramentos y aunando a tu Iglesia a través de ellos.

Gracias porque, a pesar de la debilidad humana, has confiado a los hombres la misma misión que confiaste a tu Hijo. Es mucha la fuerza de tu amor para confiar en tanta debilidad.

Gracias, Señor, por los sacerdotes que siguen en la brecha ofreciendo toda su vida en tu servicio, supe-

rando innumerables dificultades. Gracias porque en un mundo que rehúye los compromisos, siguen diciéndote que sí, que cuentes con ellos para lo que quieras. Gracias porque, a pesar de lo mucho que han sufrido, siguen firmes en su fidelidad a su compromiso contigo.

Que no se cansen, Señor. Que sean constantes a pesar de incomprendiones, de soledad, de pobreza, de no verse aceptados; que no se cansen, Señor.

Que sean conscientes de que están realizando la misma obra de tu Hijo. Que sean fieles a su doctrina y que imiten sus actitudes. Que no busquen ser apreciados por los hombres sino por ti. Que sean valientes y no teman ser marginados por seguirte.

Que su soledad sea compensada por la acogida de la comunidad cristiana. Que vivan con ilusión su paternidad espiritual y gocen viendo ampliarse y robustecerse la familia cristiana que ellos cuidan en tu nombre.

Que sepan perder el tiempo con la gente humilde, con los pequeños, con los enfermos, con los que no cuentan para nada dentro de una sociedad que no valora a los hombres por su dignidad, sino por el rendimiento que de ellos pueda obtener.

Que sepan defender los derechos de los pobres y trabajar por la justicia. Que no teman ponerse al lado del humillado y del maltratado por unos y por otros.

Que sean capaces de acoger, de escuchar, de comprender a quien no interesa a nadie.

Señor, no te canses de llamar a muchos jóvenes para el sacerdocio. Hay jóvenes sinceros que buscan servirte y que están dispuestos a secundar tu llamada.

Te necesitamos presente en tus sacerdotes.

Que haya jóvenes dispuestos a ofrecerte sus vidas para que sigas realizando, a través de ellos, la salvación de los hombres.

Que sean capaces de seguirte, de renunciar a cualquier cosa por ti. Que tengan el coraje de arriesgar su vida y de seguirte sin calcular ventajas ni inconvenientes.

Señor, que cuando un joven escuche tu llamada, que sea fiel a tu amistad y te siga. Señor, necesitamos sacerdotes.

ORACIÓN POR LOS JÓVENES QUE BUSCAN

Señor, sé que sigues llamando a quienes quieres que te sigan de cerca.

Sé que tu llamada no es como una inclinación ni como una tendencia, ni algo así como cuando uno se enamora. Tu llamada es una invitación a participar en tu cruz por la salvación de los hombres; y aceptar tu llamada equivale a responder a tu amistad.

Sé que es difícil seguir a tu Hijo Jesús y más, cuando uno se decide a vivir únicamente para ti, asumiendo como propia, la misma misión que le encomendaste de salvar a todos los hombres.

Hay que dejar atrás muchas cosas, comodidades, amistades, familia, vinculaciones, intereses... hasta los propios derechos. Hay que entrar muy a fondo en la vivencia del misterio de la cruz de tu Hijo Jesús. Esto cuesta, Señor. Sólo se puede dar el paso de aceptar tu llamada, cuando uno, consciente de tu amor, quiere responder al gesto de tu Hijo de aceptar la cruz por nosotros.

Gracias, Señor, porque nos inquietas para que no nos acomodemos a un mundo de bienestar y de pecado. Gracias porque cuentas con nosotros para que colaboremos contigo en la construcción de un mundo nuevo. Gracias porque nos das la ilusión de servirte donde necesitas de amigos dispuestos a ser fieles a tu amistad.

Gracias porque llenas de gozo a quien se decide a seguirte. Gracias porque cuando te decimos que sí, te sentimos cercano y amigo; porque te sentimos incluso agradecido.

Padre, da a los jóvenes la fortaleza de tu Espíritu para que no se hagan atrás si oyen tu invitación a seguir a Jesús por caminos de generosidad y de entrega a tu servicio. El ambiente de nuestro mundo no ayuda ni siquiera a oír tu llamada. Hay muchas voces a nuestro alrededor. Necesitamos entrar en el espacio más íntimo de nuestro ser para escucharte. Y a veces simulamos no oírte para no tener que comprometernos.

Di a los jóvenes a quienes llamas, que no teman; diles que han de luchar, que han de sufrir, pero que

también van a sentirse muy amados por ti; que van a ser como tu Hijo Jesús, incomprensidos por el mundo, pero comprendidos por ti.

Recuérdales las palabras de tu Hijo a sus apóstoles: No temáis; Yo he vencido al mundo. Son muchas las dificultades y las incomprensiones y las persecuciones que van a tener; pero diles también que tu Hijo Jesús no les va a abandonar nunca, que estará siempre con ellos, que es amigo fiel y no deja en la estacada a quienes se han fiado de Él y han dejado todo por seguirle.

Diles que les mandarás tu Espíritu para que esté con ellos, para que hable por ellos, para que los convierta en unos hombres nuevos como convirtió en hombres nuevos a los apóstoles el día de Pentecostés. Diles que con la luz del Espíritu responderán a las acusaciones que harán contra ellos.

Diles también que con la fuerza del mismo Espíritu no podrán ser arrollados por un mundo sin ideales y sin esperanzas, sin amor y sin hermandad.

Diles que no esperen una vida blandengue, que sean valientes, que se arriesguen sin miedo. Y diles que se-

guir a tu Hijo es apasionante y maravilloso; pero que hay que arriesgarse para saborear lo que es sentirse queridos y quererte de verdad.